

\* Carta del  
geógrafo alemán Alfonso Stubel

*A S. E. el Presidente de la República,  
sobre sus viajes a las montañas  
Chimborazo. Altar y en especial  
sobre su ascensión al Tungurahua.*



Excelentísimo Señor:

ESDE que tuve el honor de comunicar a V. E. un breve resumen de mi viaje al Sangay, ha pasado casi un año, período largo en sí, pero relativamente corto para viajes en las serranías altas, en donde lo poco propicio del clima causa una pérdida grande de tiempo para los trabajos científicos.

Cuando me tomo la libertad de dar en ésta una continuación corta de mis viajes, lo hago apoyándome en el alto interés que V. E. ha prestado a nuestras exploraciones de los volcanes del Ecuador, y con la



esperanza de encontrar para ella la misma indulgencia que antes.

Dentro de un espacio de más de tres años nos ha sido posible, al Señor Doctor W. Reiss y a mí, visitar y examinar las hermosas serranías del Ecuador, con más detención que lo que ha sido permitido a los viajeros anteriores. Entre los diversos resultados, que hemos obtenido, sobresale en general el aumento considerable de la lista nominal de los cerros que se deben reconocer como volcanes más o menos antiguos.

Entre todos estos grandes volcanes sin embargo no hay más que tres que, por su forma cónica, corresponden al sentido vulgar de la palabra volcán, y que manifiestan hasta el tiempo moderno el carácter de su origen por erupciones interrumpidas. Todos los otros cerros tienen formas más complicadas por las cuales ofrecen un interés más particular al geólogo; pero no existe más que uno entre ellos que todavía conserva una cierta actividad moderada que es, el volcán de Pichincha.

Siendo mi intención especial hablar de los cerros de la primera clase, y dar a V. E. una sucinta relación sobre la primera ascensión al cráter del Tungurahua que, merced a su hermosa figura se puede considerar como un hermano menor del Cotopaxi, debo pedir el permiso de adelantar algunos otros detalles de mi viaje que también son dignos de ser mencionados.

El tiempo continuamente desfavorable en el verano me obligó, después del viaje al Sangay (19 de Abril hasta el 9 de Mayo de 1872) a abandonar mis observaciones en la Cordillera Oriental de Riobamba, y a visitar primero los cerros al Occidente de esta ciudad, que en los meses de Junio, Julio y Agosto frecuentemente se despejan, aunque las nevazones son raras por los vientos muchas veces demasiado fuertes. El Chimborazo y el Carihuairazo fueron



entonces los que visité repetidas veces, conservando mis estaciones en Chuquipogyo, en el tambo de Totorillas, Cucucyacu y Guaranda.

De los resultados de estos viajes, no quiero señalar más que un hecho con relación a la estructura geológica del Chimborazo que no puede ocultarse a la vista del viajero. Esta consiste en la diferencia que se presenta entre el lado Oeste y Este. Viniendo de Guaranda se observa que las rocas primitivas y también sedimentarias que forman la base del nevado, suben hasta una altura de cuatro mil o talvez cuatro mil cuatrocientos metros, y no están tapadas por las lavas corridas solamente cubiertas con una capa gruesa de arena y cascajo. Para la altura del propio Chimborazo, es decir, la parte superior de aquella base hasta la cúspide, formada por la actividad volcánica, quedan entonces sólo unos 2.000 metros más o menos, una altura casi menor que la del Pichincha.

Aunque el Chimborazo por esta circunstancia se degrada entre los volcanes imponentes, no pierde por esto entre los cerros nevados nada de su majestad; nunca se puede negar que es una montaña con la cual pocas otras en el mundo pueden rivalizar, y que ha sido también en su tiempo el farol volcánico más alto en los Andes Ecuatoriales.

La parte Oriental del Chimborazo por el contrario tiene el aspecto de un volcán moderno por la abundancia de las lavas corridas que cubren todo su pie, dividiéndose en dos ramas largas, de las cuales la una se extiende hasta cerca de Mocha, y la otra, conocida con el nombre de "La Reventazón", al Cantón de Guano, (2.732 metros sobre el nivel del mar.)

Como el Chimborazo sorprende al ojo por su altura, el Carihuairazo, que el viajero encuentra repentinamente al dar la vuelta al Chimborazo, sobre el "Arenal Grande", no lo hace menos por la



inmensa cantidad de nieve que carga en su falda Occidental. Esta falda por su inclinación tendida y una extensión grande y superior al límite inferior de la nieve favorece el depósito de estas masas.

La cantidad de nieve es la mayor que he observado en cualquiera parte de los Andes, tan imponente es esta planicie blanca e inmediata al Chimborazo, que el observador tiene la tentación de hacer una conjetura algo arriesgada y explicar la palabra Quichua Chimbu-razu (Chimbu, enfrente; razu, la nieve), con relación a aquella nieve del cerro vecino, de modo que significa cerro que está frente a la nieve (del Carihuairazo). No admitiendo esta explicación no sería fácil dar un sentido tolerable a la palabra Chimbu.

La forma general del Carihuairazo, es la misma que se encuentra tan frecuentemente entre los volcanes del Ecuador, a saber, la que se manifiesta por una caldera cerrada por una mayor parte de una pared de peñas altas, como lo muestran en una escala menor, el Corazón, el Rumiñahui, el Pasochoa, y otros más. Un valle que está en comunicación con esta caldera al lado del Oriente, lleva el nombre de Salazaca, y tiene colocado en su embocadura al cerro Puñalica que es muy formidable cono de erupción, cuya cúspide de (3.971 mtros) ofrece la mejor vista al Carihuairazo, los picachos de su filo y las masas de nieve que llenan el fondo de la caldera. De este punto se cree ver un segundo cerro del Altar, pero es una imitación menos perfecta.

Otra excursión que hice hasta el pueblo de Alausí, tuvo por objeto conocer la mina de azufre cerca de Tigzán, y me fué interesante notar un sitio muy particular, en donde una actividad antigua de fumarolas, dejó depositado aquel mineral con mucha pureza, descomponiendo al mismo tiempo la roca volcánica en alunita. Aunque esta mina no fuera inagotable, siempre se pudiera, si fuera menester,



producir una cantidad mayor que la actual empleando, si se quiere, el antiguo sistema siciliano que no causa gastos de ninguna clase sino la pequeña pérdida de una parte del material.

El tiempo rígido en las alturas del Azuay se esparció en el mes de Julio sobre todos los cerros y valles de la vecindad, en lloviznas densas traídas por el viento frío y fuerte, y me impidió visitar las sierras elevadas encima de Tizán, que se componen muy probablemente de un terreno volcánico culminando en un cerro alto llamado Guamaní, frecuentemente cubierto de nieve.

Estando tan cerca al camino carretero, que en el tiempo futuro reunirá la Capital con el Litoral, no pude abstenerme de conocer las dificultades que se han sabido vencer en este trayecto; se debe decir que este camino, una vez concluido, puede rivalizar con las vías más celebradas de los Alpes, no solamente por su construcción que lo hace serpentear en las faldas de la serranía, sino también por la bella vista que se presenta variada en cada paso sobre el cerro Azuay y sus valles montañosos.

Al mismo tiempo las peñas reventadas para ganar el espacio necesario del camino, ofrecen una rara ocasión para el estudio geológico de ciertas rocas muy antiguas que forman en este lugar la cima de la cordillera más occidental.

En el mes de Septiembre, cuando en virtud del tiempo cesaron las nevazones en la cordillera oriental de Riobamba, hice un viaje ligero al páramo de Cubillín, para examinar la calidad de peñas que cubren las partes más elevadas, con una estructura que juzgué muy parecida a la formación volcánica.

En efecto, encontré los productos eruptivos, y tuve lugar para convencerme que el Cubillín forma una pequeña parte de un páramo extensísimo llamado Quilimasa, cuyas ramificaciones colindan con el valle de Alao, y se prolongan hasta cerca del



Condorasto. En la "Mina de Cubillín", 4.234 metros sobre el mar, que se ha trabajado repetidas veces, y siempre con resultados negativos, no pude entrar con el Señor Don Benjamín Chiriboga, que tuvo la bondad de acompañarme, porque la nieve cubrió el camino, volviéndolo intransitable.

La esperanza del tiempo favorable que, en las cordilleras orientales, debía verificarse en el mes de Octubre, como todo el mundo me había asegurado, me animó nuevamente a principiar el 15 del mes, mis viajes en aquella dirección, y me dirigí primero al cerro Condorasto, que tantas veces ha sido el objeto de una vana especulación, siendo para unos mina de oro, para otros mina de plata. A mí no me llevó el mismo interés como a estos aventureros, sino la convicción de que este camino, atravesando toda la cordillera, en el pie del hermoso Altar, debía presentar un cuadro muy instructivo de topografía.

No ha habido el menor error en cuanto a la parte de la naturaleza del suelo, pero una equivocación grande, con relación al tiempo que tuvimos que experimentar y que disminuyó mucho el resultado apetecido, el paisaje, tras del Altar, es uno de los más pintorescos que se han presentado a mi vista, este es enteramente grandioso y salvaje, por una reunión rara de peñascos desnudos y negros gotando agua de las masas de nieve que cubren las faldas del Altar, y las rocas primitivas del Condorasto, como también de las quebradas que se despeñan en una multitud de cascadas grandes y pequeñas, y de un suelo muy quebrado que mantiene, siendo una sola ciénaga, apenas la vegetación caracteriza el temperamento más inhospitalario. El centro de todo este paisaje, forma el espejo verde de una laguna, de dimensiones considerables, que contribuye con sus aguas al río Amazonas. Desgraciadamente, el temporal que nos rodeaba en los días de la demora en el Condorasto, estaba en una armonía tan grande



con el paisaje salvaje, que me quedaron muy pocos momentos de un cielo medio despejado, para fijar el carácter general del paisaje en la memoria. Las nevazones siguieron día y noche, y nos ponían estando ya de regreso, en el paso de Yuibug (4.277 metros) en una situación bastante arriesgada, y más fatal por la falta de algunos peones que habían huído ya desde el principio del viaje, y entre ellos los guías. Siento no haber sabido que ellos habrían recibido el castigo bien merecido, que tomé empeño en procurarles por medio de las autoridades.

El Condorasto ha atraído varias veces, como ya he dicho, por la fama de su riqueza de metales, tanto a ecuatorianos como a extranjeros; pero todos los trabajos penosos siempre han sido enteramente vanos. Las peñas desnudas que llevan aquel nombre forman una parte de la base del Altar y se compone de rocas antiguas (mica esquista) en las cuales no fuera una imposibilidad encontrar vetas metalíferas. Yo expreso esta circunstancia especialmente, porque en los más de los puntos que corren con la fama de ser minas muy ricas, se ha buscado el oro y la plata en las rocas volcánicas, (lava), contrariando la experiencia, aparte de las reglas de la ciencia, cuando he mencionado que fuera posible encontrar vetas metalíferas en la roca del Condorasto, estoy lejos de decir que haya; por el contrario, tengo que manifestar que las vetas de cuarzo sólo, como las que he observado en el Condorasto, se hallan en todas partes muy frecuentemente, y no es indicio alguno para los metales. La nieve, todavía ocultaba los puntos del trabajo principal, que están situados en un rincón estrecho, de modo que no he podido ver todas las vetas, pero basta saber, para formarse un juicio del trabajo desesperado, que con frecuencia han picado la durísima peña en otra parte. Se ve muy bien, que la empresa ha sido dirigida por personas poco instruídas en la materia, cuyo único



interés ha sido aprovechar del ansia ciega de los empresarios, prolongando un trabajo fingido, que les daba una miserable ganancia. La localidad ha sido, indudablemente, la más desfavorable que se hubiera escogido en todo el mundo para hacer el ensayo de una mina. No quiero creer como me han referido, que muchos de los infelices conciertos, traídos del arado, y de la manada de ovejas, hayan muerto con el trabajo forzado, y desacostumbrado de minas, pero sí es probable que algunos de estos pobres indios, hayan sido víctimas de tal crueldad, en verdad hace poco honor a los dueños.

El Altar es la obra maestra de la creación volcánica. El nombre antiguo del cerro ha sido probablemente "Cerro de Collanes", designación ya casi olvidada entre la gente que vive a la vista de esta montaña, y que se refiere ahora solamente a una pequeña parte de la falda occidental. También Humboldt menciona aquel nombre en una ocasión como generalmente conocido.

No es tan sólo por su forma elegante y particular que el Altar conserva una posición excepcional entre los volcanes, sino también por sus propiedades geológicas, por el modo como se hallan estos productos modernos colocados sobre el terreno primitivo que forma la mayor y fundamental parte de la cordillera. Las peñas negras que rodean tan simétricamente la grandiosa caldera del antiguo cráter; cuyo asiento está cargado con estas masas inmensas, de nieve-piedra, se componen en la mayor parte, de una aglomeración volcánica muy gruesa, mas no faltan también los bancos de lavas de una estructura cristalizada. La altura de la parte volcánica del cerro, talvez no pasa de 2.000 metros como sucede en el Chimborazo. Para llegar estrictamente hasta el pie del propio volcán no es fácil hacerlo por las vueltas grandes y las cuestas empinadas que solamente a pie se puede subir. El mejor camino que



existe es el que conduce de Penipe por las haciendas Candelaria y Releche al valle de Collanes, el cual forma la continuación de la única abertura en la pared del cráter. Este valle ancho y cenagoso, se halla lo más inmediato al cráter, frente a la puerta que permite examinar con la vista, cada peña y hendedura de la nieve en el interior. No se necesita más que unos momentos de cielo despejado, para olvidar en breve, con tan grandioso espectáculo toda la fatiga causada por el camino largo y fragoso.

Durante la semana que permanecí con un largo tren de compañeros y peones, en este lugar, lo más del tiempo, envuelto en niebla densa, o nubes de tempestades fuertes, logré visitar dos veces el interior del cráter, que no ofrece dificultad o peligro de ninguna clase. El límite inferior de la nieve eterna, baja aquí hasta 4.326 metros, y favorecido por circunstancias locales, en un punto también hasta 4.000 metros, que es la menor altura observada en estas regiones. La causa consiste, por una parte, en la configuración del suelo; por otra, en las condiciones meteorológicas particulares que reinan en toda la cordillera oriental. El Señor Reiss en su viaje al Cerro Hermoso (Llanganate), encontró el límite inferior de la nieve de este cerro, en 4.242 metros que corresponde al hecho referido.

Los derrumbos de nieve, fueron muy frecuentes en este mes; cada hora se despeñaron unas tres o cuatro veces cantidades mayores o menores con un trueno fuerte, amontonándose abajo sobre la nieve-piedra en el interior del cráter. El más grande y ruidoso derrumbo tuvo lugar el día 24 de Octubre a las 5 y 45 minutos de la mañana, un momento después de un terremoto bastante fuerte. Me hallé casualmente frente al Altar, en una altura de 3.600 metros, llamado Tusapalan, que me daba una vista extensísima sobre la planicie desierta, en la cual Riobamba, con sus alfalfares y grupos de árboles, se



desprende como un oasis. Repentinamente, casi al mismo instante con el primer sacudimiento, se mostró un fenómeno muy particular en toda aquella planicie, que está atravesada por una multitud de quebradas escarpadas en el suelo arenoso de cangahua. Innumerables nubes de polvo en forma de fumarolas volcánicas de vapor, salieron de las quebradas, señalando así el curso de ellas, que fueron causadas por las piedras y terrones derrumbados de las paredes. Un momento después, el polvo formó una sola nube llevado por el viento, en dirección al Chimborazo, y que cubrió todo el paisaje.

Saliendo del valle de Collanes, seguí toda la cresta de la cordillera con dirección al Tungurahua, caminando siempre en una altura de más de 4.000 metros y pisando las lavas que se deben atribuir a la misma actividad volcánica, que creó el cráter del Altar. El río Puela, que nace en las faldas norte de aquel cerro corta la cordillera, obligando a descender a los campos de Matus.

Ya desde algunos días, el Tungurahua se había despejado por ratos y se presentó entonces, delante de nosotros, con una claridad inesperada y con un alumbramiento que permitió apreciar la belleza de su figura cónica, el colorido variado desde la nieve blanca en la cima, hasta el verde oscuro de su montañoso pie, en el estrecho valle del río Chambo.

Mi campamento en Utuñag tenía la situación más favorable para examinar a la distancia el lado Sur del cerro, que se forma de bancos de lava cortados a pico y bañados por las chorreras que caen de la altura de algunos centenares de metros, disolviéndose en lluvia. Con pena me separé de este punto vistoso para hacer la trabajosa ascensión hasta el límite inferior de la nieve del Tungurahua, el subir a la cima impide de este lado la nieve deleznable.



Del valle del río Puela (2.492), se llega en un día a los pajonales conocidos con el nombre de "Minza Chiquito" y "Minza Grande", únicos puntos de donde se puede divisar bien todo el lado Norte del Altar. De aquí en pocas horas se llega al Arenal que recompensa el trabajo al mineralogista por sus interesantes piedras, siendo compuestas algunas de sanidina y olivina. El tiempo me fué muy favorable, aunque el viento fuerte y helado atormentó mucho mi permanencia en la tolda.

Conclusión digna de todo este largo viaje en los páramos de la cordillera oriental (seis semanas) era una segunda ascensión al cerro de Igualata, este volcán, por desgracia, está enteramente envuelto en capas de cangahua.

Aunque los viajeros anteriores han descuidado demasiado, este cerro no deja de tener sus méritos científicos por su forma exterior, por la estructura de las peñas que constituyen su cima, por sus hermosas variedades de lava traquítica, y también por su situación central y dominante. En las peñas aglomeradas de la cima se observa una multitud de vetas de lava muy instructivas y de la misma clase de las que el Señor Reiss y yo conocemos "en el Rucu Pichincha", "Rumiñahui", "Cerro Timpi" y en el "Picacho de Cotopaxi".

Por la altura considerable que tiene la cúspide del Igualata (4.452 metros), como por su situación aislada, ofrece una vista muy extensa en todas direcciones; se ve al Chimborazo y Carihuairazo con el Cerro Puñalica en una vecindad inmediata; la punta del Sangay y su humo espeso en Sureste, el Cerro Hermoso en Noreste; después siguen los nevados Cotopaxi, Antisana, Quilindaña, Tungurahua, Iliniza, Altar, el páramo de Quilimasa; los cerros Agoatoa, Rumiñahui, Corazón, Atacazo hasta el Pichincha, el Azuay del otro lado, y el



páramo del Puyal, sin hacer cuenta de otros muchos más.

El Igualata es una de las montañas que lo más del año, está sitiada por las nubes pesadas, y fué entonces una suerte muy rara, el haber encontrado un día tan despejado; sin embargo, el polvo que levantó el viento en la planicie de Riobamba, y las quemazones de los pajonales en los páramos, perjudicaron pronto la vista. Estos dos últimos inconvenientes muy comunes, como también las nubes y nieblas incesantes, las lloviznas y el viento del Este, son los impedimentos más temibles para los trabajos topográficos, y nos han hecho penoso el viaje; y perder al menos la mitad del tiempo preciso.

Regresando a Riobamba con precipitación, hice mis preparativos para salir inmediatamente, y pocos días después, ya me hallé de nuevo frente a frente con el Sangay. No era mi intención visitar otra vez la falda del volcán, deseaba solamente, estudiar a distancia, el cráter en su actividad, y el terreno de rocas primitivas, con las serranías y valles escarpados que tiene de base. Con este fin me dirigí a una prominencia llamada "Calcitpungo" (4.164 metros), cerca de la hacienda de Alao. Tuve que agradecer el conocimiento de este lugar muy favorable, al Señor Antonio Mosquera, en Riobamba.

Por bueno que sea el tiempo en las partes habitadas del alto Ecuador, atrás de la cordillera oriental, siempre es inconstante. Nieblas volantes, nubes pesadas, vienen y van, lamiendo ya la cima, ya la profundidad de los cerros; tempestades fuertes acompañadas de granizadas y nevazones, vientos helados en todas direcciones, se suceden continuamente, pero raro será que los rayos del sol alumbraran por algunas horas este triste paisaje, este terreno extenso, es absolutamente inhabitable para el hombre. Este estado de la atmósfera, me impidió de nuevo la vista; pues en los seis días que



estuve por mirar el volcán, pocos ratos lo he podido divisar bien en el día o la noche. Su actividad fué, al fin de Noviembre muy variada, manteniéndose entre los límites extremos de una apacibilidad completa, y de excitación viva y fuerte. En el estado de apacibilidad, ningún humo salió de su cráter durante algunas horas, en otras ocasiones exhaló vapor blanco y poco después un humo negro y cargado de ceniza, la cual cayó con mayor abundancia sobre la tolda, el día 2 de Diciembre. Las frecuentes detonaciones, eran acompañadas de un aumento de humo, de resplandor de fuego en la noche, y por las chispas de las piedras incandescentes que raras veces cubren hasta la falda exterior del cerro, con una lluvia de fuego.

A las 2 de la tarde del 1º de Diciembre el Sangay, después de una tempestad muy fuerte, empezó a descargarse poco a poco de las nieblas y nubes que lo rodeaban hasta mostrar su cono negro, ahora blanco con la nieve que le cubre de arriba abajo hasta el límite de la vegetación. Esta casualidad me fué muy ventajosa para decidir del estado de calor del cerro. Lo que sucedió fué que la nieve no se derritió en ninguna parte de repente sino muy lentamente, disminuyendo la cantidad de abajo arriba, lo que aprueba que no tiene el cerro un calor muy subido ni en las partes próximas al labio del cráter, como se debía suponer. Esta circunstancia contradictoria se explica muy bien observando que las erupciones suceden por medio de un cono pequeño que se halla colocado en la mitad del hueco grande, y que sobresale del borde del cráter. Este cono aunque no humeaba exhaló un vapor blanco apenas visible, conservó su color negro después de la nevazón, y se desprendió bien del borde blanqueado del cráter grande.

El 28 de Noviembre, el día mismo que el Señor Reiss ha resuelto el problema de la ascensión al



cráter del Cotopaxi, tuve la ocasión de observar en Calcitpungo un fenómeno metereológico que no era raro en estas regiones, pero nunca antes se me ha mostrado con igual suntuosidad. Este es un relámpago sin trueno que alumbrando todo el cielo principió al anochecer. Los puntos de salida de estos relámpagos se mostraron al Este del horizonte de ambos lados del Sangay, y con una frecuencia tan grande que yo pude contar de 5 a 6 por minuto. La luz de ellos fué tan viva que a pesar de la niebla que llenó la atmósfera, se aclaró el interior de la tolda bastante para dejar ver un momento los punteros del reloj. Cada relámpago se componía de dos exhalaciones, de las cuales la primera era de una intensidad menor que de la segunda. El espectáculo se hizo más maravilloso cuando de tiempo en tiempo con el trueno fuerte del volcán, su candela colorada asomó en medio de la luz blanca amarilla. Este fenómeno eléctrico duró hasta el amanecer, disminuyéndose en algo los relámpagos, cuyo número debo avaluar al menos en 3.000 aquella noche.

El Sangay tiene una posición tan retirada de todos los puntos habitados, como V. E. lo conoce, que no se puede aproximar sin hacer un viaje muy penoso; y tan escondido está tras de la cordillera ancha, que tampoco es fácil verlo a distancia. Fuera del Calcitpungo se ofrece una vista hermosísima, (no dista más que cuatro leguas del Sangay, a donde se puede llegar a Riobamba en sólo dos días de viaje) he encontrado otro punto más, el cerro de Chuyuj (3.700 metros) que permite, merced a una ensillada en la cordillera, divisar muy bien al Sangay hasta la mitad de su cono. El cerro de Chuyuj forma la punta más alta de las cercanías de Yaruquíes, encima del pueblo de Cacha, dista tres horas de Riobamba. La misma vista, pero de mayor distancia, se goza en el páramo de Guallaló (4.059 metros) cerca de la laguna de Colta. La vista desde el Condorasto debe dominar



el lado Norte del Sangay. En días despejados, he divisado el humo desde el Chimborazo, Igualata, del cerro de Amulá, de la cima del interesante cono de erupción "Tulabug" (cerca de Licto) raras veces de Riobamba.

Como una excepción especial, debo mencionar que el 27 de Diciembre, cayó la ceniza del Sangay en Riobamba. Esta arena finísima cubrió mi papel de dibujo por cuya casualidad observé el hecho. El viento Sureste es tan raro, que la ciudad de Riobamba no tiene que sufrir por la lluvia de tierra como las parroquias de Guamote y Pallatanga, situadas en la dirección del viento dominante del Este.

Muy digna de atraer la atención del geólogo, es también la estéril planicie de Riobamba, en toda su extensión, desde los pequeños volcanes del Calpi, hasta el río Chambo. La cangahua y arena que cubren estas masas eruptivas, dificultan desgraciadamente el estudio. Un cerro de erupción algo notable, como los de Calpi, se halla con el nombre de "Gachaguay" a una media hora distante de la ciudad, frente a la hacienda de Macaji.

El 28 de Diciembre dejé a Riobamba, después de haber sido por nueve meses mi centro de viajes y observaciones, trasladando todo mi campamento al pueblo de Baños, de donde salí el 6 de Enero de 1.873, para visitar la jibaría del Pintuc, cerca de Canelos.

Esta excursión tuvo por objeto principal el estudio de la falda oriental de la cordillera, tanto en su configuración exterior, cuanto en su formación geológica, y también el deseo de divisar las inmensas montañas bañadas por los ríos que tributan al río Amazonas. Este último fin alcancé en el cerro de Abitahua que desarrolla un panorama maravilloso, que verdaderamente sorprende, atraviesa el valle del río Pastaza, de modo que dicho río tiene que pasar una estrechura larga antes de poder ganar los llanos



montañosos. Aunque el río Pastaza lleva una gran cantidad de agua, principalmente después de haber recibido otra casi igual por el río Topo: siempre sería una equivocación muy grande creer que se podía alcanzar el punto de navegación con un camino bien transitable, sin vencer grandes dificultades; que por ahora tal vez no corresponderían al pequeño interés mercantil de éstas regiones.

Los ríos que están sujetos a los aluviones repentinos y muy fuertes como el río Pastaza, forman cauces muy anchos y pedregosos con muchas ramificaciones, de los cuales ninguno sería bastante hondo en todo su curso para cargar la mas pequeña embarcación, río abajo o río arriba. Este aspecto conserva el río Pastaza en su curso al Oriente hasta donde alcanza el ojo. Cerca de la jibaría de Pintuc tiene el cauce de este río todavía una altura de 700 metros sobre el nivel del mar, que indica bastante la velocidad de su corriente.

Demorando un día en las chacras de los indios jíbaros tuve la buena suerte de escoger un tiempo favorable, el único día en todo el viaje que las lluvias cesaron por algunas horas y de poder lograr el sol y cielo estrellado para determinar la posición geográfica de este lugar importante para el curso del río Pastaza.

La escasez de víveres de mis cargueros me obligó a apresurar el regreso a Baños que distaba de seis a siete días de camino en la montaña más desierta e intransitable, sin contar con la demora que puede causar el río Topo. Cinco días después de la salida de la jibaría del Pintuc, incluso un día de descanso en mi mirador del cerro Abitahua, nos sucedió lo que debíamos temer a causa de las lluvias continuas; el río Topo impidió de modo insuperable el paso, encontrándose tapadas por el agua las únicas tres piedras que actualmente permiten poner los palos del puente. Unos quince años antes todavía se podía pasar el río aún estando algo crecido, merced a una



piedra alta que la fuerza del agua ha arrebatado abajo.

Para entender bien el peligro que corren los pocos viajeros que vienen de Canelos es menester saber que el Topo no es un río bajo que de golpe crece, sino un río crecido que de repente puede rebajar para dar libre paso por algunas horas o cuando más por algunos días; lo que acaso no sucede muchas veces en el espacio de dos semanas o un mes entero. Las peñas que sobresalen en el cauce más de cuatro metros a nivel del agua cuando admite el paso, prueban mejor el hecho por la redondez de sus esquinas y los agujeros labrados por el agua que sube hasta esta altura; tal modo de estar crecido es una particularidad muy excepcional para un río tan correntoso, y que tiene una anchura de 30 a 40 metros.

Varios viajeros han muerto de hambre en la orilla del Topo, lo que es más inevitable cuando acabándose los víveres, el río Zuiñag, que se pone intransitable como el Topo, corta el camino del regreso a las jibarías. El río Topo formará un límite casi invisible mientras no tenga un puente fijo, entre la pequeña tierra alta del Ecuador y sus terrenos montañosos e ilimitados.

Habiendo escapado de este peligro con veinte y dos personas, he llegado a la hacienda de Santa Inés, tuve que agradecer a las órdenes del Señor Pedro Lizaraburu, el poder olvidar pronto el sufrimiento de cinco días a la orilla del río.

El 28 de Enero llegué de regreso a Baños, que es el único pueblo en todo el valle del río Pastaza y con excepción de las pocas casas de Puela, también el único en todo el pie del Tungurahua.

El Tungurahua produce el mismo efecto que el Cotopaxi, es decir, que cada vez que se lo ve, parece convidar de un modo irresistible a la ascensión hacia su cúspide, y tal vez más atracción tiene por la



dificultad que el declive de su falda nevada promete al empresario. Los ensayos hechos repetidas veces, principalmente por los viajeros de afuera, siempre han tenido tal fin, que el cerro venía a confirmar su insubordinación.

De la plaza del pueblo de Baños, no se puede ver el cono nevado del Tungurahua, pero a pocos pasos al Occidente, se presenta en todo su esplendor por el estrecho valle de Vatacun, pintoresco y amable como un paisaje de Suiza. Para divisar bien todo el cerro, se presta mejor la loma de Lligua al lado izquierdo del río Pastaza: este punto escogí para informarme por cuál de las cuchillas tendría que tomar el camino con mayor probabilidad de un buen éxito. La montaña que cubre la falda inferior del cerro, no ofrece ningún impedimento grande y molesto como sucede en los volcanes de Colombia, porque sendas algo transitables suben en varias partes hasta el límite superior de la montaña alta. La única parte dificultosa podía ser el cono de arena y peña tapado por la nieve en todos lados. Sin embargo, la convicción de la posibilidad del buen fin, me animó el 7 de Febrero, después de seis días de lluvia, a realizar la empresa, acompañado fuera de mi gente experimentada, de nueve peones de Baños, que el Señor Mariano Valencia Teniente Político del lugar, tuvo la bondad de conseguirme con mucha prontitud. Llevé un equipaje muy reducido, los víveres necesarios para tres días, cobijas y toldas, el carbón para cocinar y un barril vacío; pero ninguno de los instrumentos inútiles que muchos viajeros arrastran a las alturas, para dar al caso mayor importancia de la que tiene, quejándose después con razón del mal tiempo y de la falta de oportunidad de haber hecho uso de ellos.

Repartiendo aquel cargamento entre trece peones no salió ninguno pesado, lo que me daba la facilidad de poner mi campamento en cualquier punto de los



más dificultosos. Saliendo de Baños (1.800 metros sobre el nivel del mar) a las ocho de la mañana, tomando el camino de "Gondoa chiquito" (2.520 metros) llegamos a medio día a la "Cocha de San Pablo", (3.036 metros) el último lugar para hacer la provisión de agua en toda la cuesta. Con un barril lleno de este líquido indispensable seguimos pronto subiendo hasta las tres de la tarde a la altura de 3.615 metros. El límite superior del monte alto (árboles de aliso, motilón, etc.), lo hemos pasado a la altura de 3.467 metros, entrando aquí en el chaparro del páramo que cubre el borde de la cuchilla, ya muy estrecha y empinada. El atraso de algunos de los peones de Baños, poco acostumbrados a caminar en montaña, no permitió seguir el mismo día al principio del arenal como lo deseaba. Mientras que estuvimos ocupados en vencer los impedimentos de un suelo malo para plantear las toldas se despejó el día, que había sido muy triste y nebuloso, y se renovaba el ánimo que se pierde tan fácilmente con el mal tiempo; pronto brilló la cima del Tungurahua con los últimos rayos del sol que penetraban en las nubes diseminadas en los valles y sobre los cerros.

La mañana del día 8 de Febrero amaneció otra vez con nubes y poca esperanza para nosotros. A las 7 de la mañana continuamos la marcha envueltos en niebla densa, en menos de dos horas nos vimos en el límite de la vegetación del chaparro, el cual termina con los arbustos del altramuz y una cinta muy estrecha de pajón. Antes de seguir en la subida, sobre el Arenal, muy penoso por su inclinación como de  $30^\circ$ , dejé depositado en este punto, en 3.997 metros, la tolda grande y todos los efectos míos no muy necesarios, y de los demás de mis cargueros. Aliviados bastante, subieron los peones con mejor voluntad y nuevo valor, y con paso acelerado hasta cerca de la nieve. La única circunstancia que me inquietaba fué no poder hallar en esta falda



empinadísima de arena y piedras un campo para la tolda. Un momento se levantó la niebla, mostrándonos un peñasco grande y fácil de alcanzar en una travesía de cuatro a cinco cuadras. Allá nos dirigimos, y dentro de dos horas, a la una y media, estaba el campamento planteado como el nido del cóndor, bajo la protección de las peñas. A los más de los peones de Baños que temblaban de frío les hice regresar a la tolda de abajo, reteniendo solamente a los guapos y valientes.

No extrañábamos ya de tal asilo, le improvisamos a la altura de 4.498 metros sobre el nivel del mar. Un buen almuerzo con el cigarro y café influyen mucho, como es sabido, sobre el valor del hombre, y esta vez parecía que hizo también su buena reacción el tiempo. Las nubes se disolvieron y por ratos se quedó limpio el filo norte del cráter. Ya eran las dos de la tarde cuando me resolví aprovechar del buen momento y verificar la ascensión seguido de mi mayordomo y seis peones. Todavía tuvimos que subir unos 150 metros sobre el cascajo, antes de tocar con la nieve que no es muy gruesa (1 a 2 metros) y que se compone de capas de diferentes edades. Siendo la superficie tan blanda que el pie podía hundirse 1 o 2 palmos y otras veces hasta las rodillas, no nos era difícil avanzar a prisa en curvas. Primero nos dirigimos a una lista negra, de peña que sobresale entre la nieve en la mitad de la cuesta, y que se distingue de muy lejos desde Latacunga y Mocha. Como tenía la opinión de que el Tungurahua ya no mostraba ninguna señal de actividad volcánica, me sorprendió muchísimo el encontrar la peña un poco caliente, en unas partes y en otras descompuesta por la influencia de fumarolas que todavía existían depositando azufre cristalizado.

Después de un corto descanso seguimos de la misma manera el camino, pisando uno tras de otro en los rastros del primero, que fué mi mayordomo,



Eusebio Rodríguez de Bogotá, que en los cinco años que me acompaña con toda fidelidad ha alcanzado una gran práctica en los muchos nevados que tenemos visitados juntos. La niebla volvió a tapar el filo, y cuando se retiró, ya estuvimos pocos pasos distantes de las peñas negras que repulgan el borde del cráter; un momento más, el hermoso cráter se extendió a nuestros pies. Estando así un rato muy satisfechos del éxito de nuestro trabajo, mirando y divisando de repente se precipitó con un ruido fuerte una masa de nieve de la punta Noreste sin peligro de nosotros; pero que por el peso de la nieve caída arrastraba toda capa superficial por la cual habíamos subido, safando sobre la nieve más antigua y sucia que quedó descubierta después en una anchura a lo menos de dos cuadras en la banda Norte del cerro. La capa no era muy gruesa, tenía cuando más un medio metro de espesor; no obstante, rodando una media hora antes nos hubiera precipitado sin remedio. La ascensión no nos había causado cansancio ni el menor mal de cabeza, y los mismos peones de Baños José Reyes y otros cuatro más estaban sorprendidos de haber llegado a un punto que creyeron antes inaccesible.

Una altura pequeña nos quedó todavía para llegar a la cúspide Noreste; pero como la peña no tenía nieve, la coronábamos volando, habiendo gastado dos horas en toda la subida desde la tolda, en 4.498 metros. El barómetro me daba en este punto a las 4 horas y media de la tarde, una altura de la columna del mercurio de: 15.9.20 pulgadas y líneas de París.—426.80 mm.  $10^{\circ} 6$  del instrumento y  $3^{\circ} 6$  del aire, centígrados que corresponden a una elevación sobre el nivel del mar de: 4.927 metros o 3.127 encima de Baños.

De cuyo último número he subido el primer día del viaje 1.815 metros (de ésta a caballo, 720 metros, a pie 1.095) y el segundo 1.312 metros.



La mella del filo Norte del cráter tiene 41 metros menos, es decir, 4.886 metros sobre el nivel del mar.

La forma del cráter es casi redonda, tiene un diámetro de 500 metros más o menos, y una profundidad de unos 80 metros. Su borde alcanza a tener la mayor altura al lado Sur, aumentado por una masa de nieve-piedra de mucho espesor; al lado Este forma un plan ancho y al Oeste un filo escarpado.

Las paredes del cráter se componen por la mayor parte, de peñas de un color moreno-amarillo, el cual resulta comúnmente por la descomposición que produce la actividad de los gases y vapores. Las peñas y piedras sobresalientes en la pared, están tapadas de nieve, y ornadas de estalactitas de hielo, semejantes a flequillos o a encajes vistosos. El suelo del cráter sirve de descanso para los derrumbes de cascajo y nieve que se desprenden de las paredes, sin dejar abajo ningún plano. Una actividad volcánica muy reducida existe solamente en la pared del Norte; saliendo cerca del borde en muchos puntos vapores de agua cargados de ácido sulfuroso.

El tiempo nos favoreció en alto grado, porque el viento no fué muy fuerte, y de tiempo en tiempo solamente se sentaron las nubes en mi observatorio, el cual parecía estar más bien en una torre altísima que en un cerro a causa de la rapidez de las faldas. Por supuesto el panorama que se ofrece en tal altura, debe ser extensísimo, como corresponde al circuito lejano en la que la cima del Tungurahua sabe atraer la atención del viajero. No he visto todo el horizonte despejado, sino que poco a poco desarrollaron las nubes una parte del cuadro delante de mis ojos, tapando el resto cuidadosamente. La única pena que sentí era ser muy entrado el día, lo que no permitió ni adelantar hasta la copa Sur del cerro que parece muy fácil, ni bajar al cráter.

A las seis de la noche estuvimos de vuelta a nuestro campamento, bajo la peña, encima de las



nubes que llenaban el valle de Baños, y cercado por los montes de nieve del derrumbo accidental.

Una hermosa noche de luna y cielo estrellado, siguió a este día inesperado y feliz.

El Tungurahua es casi el único punto para divisar bien las alturas del Llanganate, que, con poca excepción, todo el año están sepultadas en nieblas y tempestades, y he podido convencerme en un momento de bonanza, que el río Topo pasa por el lado Oriental del cerro hermoso y no como está en el mapa de Maldonado al Occidente, lo que ha confirmado también el viaje del Señor Reiss al páramo de Llanganate.

El día 9 de Febrero amaneció con nubes oscuras y amenazadoras, que pronto dejaron caer en gran cantidad copos de nieve. A medio día, cuando la nevazón cesó un poco, principiamos el descenso, gastando sólo cinco horas hasta el pueblo de Baños.

Los únicos meses favorables para una ascensión al Tungurahua, son Noviembre, Diciembre y Enero, en todos los demás es casi imposible o al menos más expuestos del mal tiempo y las nevazones frecuentes que exponen al peligro de los derrumbos de nieve que acabo de referir. Más provechoso sería subir el primer día hasta el principio del arenal, en donde el suelo se presta mejor para plantar la tolda, de ahí se hace la ascensión escotero fácilmente en cuatro horas, y puede volverse al mismo punto de salida para regresar a Baños al tercer día.

Los viajeros que tienen proporción para llevar el campamento más arriba encontrarán probablemente por mucho tiempo, al lado de la piedra grande, la única que hay en toda la falda, un plan bien compuesto y los palos para armar la tolda.

Al fin debo expresar especialmente que ninguno de los nevados que he subido recompensa mejor el trabajo comparativamente pequeño, por la vista extensísima y muy variada, por la hermosura de su



cráter y por la gran probabilidad de encontrar en los meses mencionados una tarde despejada. Otra circunstancia muy importante es la facilidad con que se pueden hacer los preparativos necesarios en el pueblo de Baños.

El Tungurahua se distingue en cuanto a su situación, de todos los otros volcanes del Ecuador, porque no está como los demás en lo superior de la cordillera. Lo particular de su situación es que en su falda Norte, limita un valle estrecho, cuya banda opuesta no pertenece a la formación volcánica, sino que se compone de rocas antiguas (mica esquista). Por este valle pintoresco, llamado el valle de Baños, toma el río Pastaza, entre las dos formaciones distintas, su curso al Oriente.

El interés especial de este valle, y que lo hace una localidad clásica para el geólogo, consiste en la configuración del terreno, que reúne de un modo muy sorprendente, en un espacio pequeño, los problemas geológicos bastante complicados en un terreno antiquísimo con grandiosos resultados de la actividad volcánica comparativamente moderna y fácil de reconocer.

Sin entrar aquí en cuestiones geológicas complicadas, deseo mencionar solamente unos hechos muy singulares. El suelo plano del valle del Pastaza, sobre el cual está situado el pueblo de Baños con sus cañaverales, forma una sola corriente de lava, que tiene su origen en la loma de Pondoá grande, más o menos 700 metros encima de Baños, en la falda del Tungurahua. Esta lava llena todo el cauce antiguo del río Pastaza, descendiendo hacia abajo tres o cuatro leguas hasta el Río-Verde grande. El río Pastaza, en consecuencia, tuvo que buscarse nuevo cauce, el cauce actual que encontró en el límite entre la lava y la peña mica esquista, en otros puntos, como al lado del puente para ir a Patate y cerca de Aگویán, tenía que romper y gastar la piedra



viva de la lava. En una escala todavía más grandiosa se observa este hecho abajo en la chorrera de Agoyán. En toda esta parte del valle hacia el Río Verde grande, el Pastaza ha destruído la corriente de lava que tenía en término medio un espesor de 30 a 50 metros, de manera que ya no existen más sino unos pocos tablones conservados en las entradas de los valles pequeños que embocan de ambos lados en Río Pastaza. Por ejemplo, se halla la casa de la hacienda en Antombos, en uno de aquellos tablones; la cascada de Chinchín salta todo el espesor de la lava de estructura columinar. Los visitantes de la celebrada Chorrera de Agoyán, deben agradecer a esta estructura geológica el placer de que gozan.

Considerando tanto la resistencia de la piedra, cuanto el efecto producido por el agua, se puede formar una conclusión sobre la inmensa antigüedad de esta reventazón, cuya superficie sin embargo tiene la apariencia de una corriente algo moderna.

La reventazón de Pondoá, de la cual acabo de hablar, tuvo lugar en la falda del pie del Tungurahua; pero la última erupción, al fin del siglo pasado, fué una erupción de su cráter.

No es el primer golpe de vista que puede convencer de este hecho, porque la corriente de lava enfriada en el estado actual, ya no principia desde el filo del cráter. Mas parece al contrario, que la lava haya salido en la mitad de la falda del cerro. Esta circunstancia de no existir continuación de la corriente hasta el cráter, desde el punto de salida, se explica muy bien, es una cosa demasiado natural; porque por la falda del cono de unos 35° de inclinación, rodaba abajo, toda la lava antes de enfriarse, conducida por el cascajo y la arena deleznable. El punto en donde se ha amontonado en la falda, antes de seguir en su curso hasta el Río Pastaza, se podía tomar, pero equivocadamente, por el lugar de la salida. En mi ascensión al cráter,



encontré, como una señal indisputable, una gleya grande de la misma lava, pegada sobre una peña. También confirman en el filo del cráter, otras circunstancias más la exactitud de esta opinión.

De las muchas especialidades interesantes, que se puede observar en el valle de Baños con relación al Tungurahua, me ciño a mencionar una substancia blanca que florece en cantidad pequeña sobre la lava más moderna. Esta substancia contiene, como parece, según un ensayo superficial, entre otras materias, un poco de sal (Na. Cl.). Sería entonces la segunda vez que se compruebe la existencia del cloro entre los productos de los volcanes americanos, y he aquí la composición más interesante. El Señor Reiss la halló por la primera vez en los productos de sublimación en el cráter del Cotopaxi.

La olivina se encuentra como en los productos de muchos otros volcanes, también muy frecuentemente en las del Tungurahua, en las lavas de edades muy distintas.

Las lluvias frecuentísimas y un cielo casi en todo el año encapotado, con excepción de pocas semanas secas o días de un sol fuerte como reina en el valle del río Pastaza y en toda la cordillera oriental hasta los llanos montañosos, no pueden carecer de reacción sobre la temperatura media del año. En efecto, he observado el hecho interesante, que la temperatura media es por término medio la menor de  $1^{\circ}$  a  $3^{\circ}$  menos de los que corresponde a la altura sobre el nivel del mar según otros puntos de igual situación en los valles del Cauca, Patía y del río Magdalena.

La caña de azúcar que se cultiva en el valle de Baños no es una prueba de temperamento fuerte, sino de escasez, de terreno de tierra caliente cerca a la tierra fría, en donde se consume el lucrativo producto del aguardiente de la caña.



Ciertamente se debe considerar como una mala economía del suelo cultivar plantas que demoren tres años para madurar, y que salen al fin muy inferiores a las mismas que se cosechan en nueve meses en temperamento a propósito.

No dudo que la gran escasez de pájaros y de los demás animales en las montañas de la cordillera oriental, depende principalmente de las circunstancias meteorológicas tan excepcionales de estas regiones.

Mientras que yo ejecuté estos últimos viajes y excursiones, el Señor Reiss visitó el volcán Quilotoa, enteramente desconocido y rectificó, por un viaje al cerro hermoso, las opiniones equivocadas sobre aquel nevado, como también los errores fantásticos del mapa antiguo de Anastasio Guzmán. En estas exploraciones gastaba un tiempo tan largo de la estación favorable que en vano esperaba de día en día su llegada a Baños para efectuar con ella la primera ascensión al Tungurahua, como lo deseaba. Al fin, en Ambato nos fué posible encontrarnos el 21 de Febrero, después de un año de separación y viajando siempre pocas leguas distante el uno del otro. Pronto tuvimos que separarnos, porque el Señor Reiss tenía que seguir su viaje al Sur, a Riobamba, y yo al Norte para regresar una vez más a Quito.

El día de mi viaje de Ambato a Latacunga era uno de los raros, muy despejado, pocas nubes se aproximaron al cono del Cotopaxi que se mostraba todavía con una cantidad mínima de nieve sobre el arenal y las masas negras de la última reventazón. Entonces resolví subir al Cotopaxi hasta su cráter, sin más demora que la indispensable. El 5 de Marzo salí con este objeto de Latacunga a la hacienda de San Elías. El tiempo bueno se cambió el mismo día en lluvias y nevazones, y me obligó a esperar en San Elías hasta el 7, que amaneció el cielo un poco menos cargado de nubes. Entre los doce peones que



llevé de Mulaló, se hallaron los demás que habían acompañado al primer explorador el 28 de Noviembre de 1.872.

Tomé, saliendo a las ocho de la mañana, el camino por el río Saquimálag arriba, y por Ilitío para llegar a la loma del Arenal, que termina entre las dos quebradas de Manzanaguaico y Pucaguaico. Era la una de la tarde, cuando llegamos hasta donde se puede llevar las cargas en mulas, en el punto cerca del campamento del Señor Reiss, a 4.600 metros; bastante temprano para subir a la falda y plantear la tolda, en una altura superior, con esta intención traje la gente necesaria (19 peones), palos livianos, para la tolda, y palas para aplanar el suelo del campamento.

Las nevazones de los dos días anteriores habían tapado toda la falda del cerro, con una capa de nieve, y en el momento que se descargaban las mulas, se aumentó, por una granizada fuerte, poniendo en duda el buen fin de la empresa, al menos, no era conveniente ir más adelante, entonces se armaron las toldas. Entre mis peones veteranos de Quito, tenía también tres del Señor Reiss, ya prácticos desde el primer viaje. Ellos fueron los que examinaron de repente con un interés especial el suelo hasta asegurarse de que otros viajeros habían visitado mientras tanto el lugar. Unos fragmentos esteológicos de una gallina cuidadosamente reconocidos, destruyeron las últimas dudas, y más los bordones que por lo forzado de su postura, en la arena, al mismo tiempo nos parecieron comprobar el mal éxito de la expedición de esos incógnitos. El descubrimiento por un momento animó a mis veteranos, y una pequeña malignidad naturalmente nunca falta, en tales ocasiones, cuando la costumbre de vencer obstáculos ha producido cierta seguridad en estas empresas. Más tarde he sabido que era exacto lo que nos indicaban los bastones.



A las 6 de la noche acabó la nevazón, las nieblas se acumularon en nubes y permitieron divisar por abajo y por arriba una gran parte del paisaje y algunos de los cerros como el Iliniza, Corazón, Rumiñahui y otros más; pero el Cotopaxi quedó oculto hasta la salida de la luna, al fin se despejó con su nuevo vestido blanco que cobijaba toda su falda, y era este el primer momento en que pude informarme sobre el camino que se debe tomar al cráter. A poco rato los truenos lejanos y los rayos de las nubes destruyeron toda esperanza de mejora del tiempo, irrecuperable durante la noche.

Sin embargo, apenas amaneció me levanté y antes de dar la orden para regresar abandonando la empresa hasta ocasión más propicia, salí de la tolda cuya cubierta crujía con las capas de hielo depositadas, pensando ver con disgusto nubes que, como tantas veces, debían perjudicarme de nuevo.

Lo que ví me pareció un sueño: ninguna niebla, ninguna nube, todo el cielo limpio hasta el horizonte, todos los cerros despejados desde el pie hasta la cima, no podía creerlo; levanté la tolda segunda vez, dos minutos habían pasado, allí estaban ya las nubes llenando los valles como hechizadas del suelo, y progresando cada momento. A las seis y media estuvimos listos para emprender la ascensión; el sol alumbraba las pequeñas fumarolas que en el fondo azul del cielo lanzaban seis u ocho columnas en la esquina Suroeste del cráter, y un mar extensísimo de nubes sobre el cual nadaban las copas del Chimborazo e Iliniza, teniendo un nivel de 4.600 a 4.700 metros, exactamente como el Señor Reiss lo había visto. La expedición se compuso de trece personas, fuera de mí.

Para caminar sobre la lava de la corriente más moderna y en partes todavía calientes, no hubo dificultad ninguna; aunque los huecos estaban llenos de nieve, pude tomar con poca variación el mismo



camino que el Señor Reiss tomó cuatro meses antes. Tres horas había gastado andando muy despacio, cuando el arenal que cubre el fin de la lava de 5.580 metros, impidió el avanzar en igual grado como hasta aquí. El tiempo conservó todavía el mismo carácter, solamente se mostraba un cierto movimiento en la capa de nubes que se había aproximado hasta el pie del cono del Cotopaxi, cubriendo el campamento que poco antes sobre el arenal negro era visible. Algunos de mis compañeros se habían adelantado, otros estaban muy atrás cansados e intimidados y con dolor de cabeza. Desde el principio del arenal subimos entre siete para disminuir el peligro de las piedras que se despeñan en cada paso, pisando en el cascajo y la arena.

Este arenal gasta por su inclinación de más de  $35^{\circ}$  las fuerzas rápidamente, de modo que se necesita emplear toda la voluntad moral para no encontrar aquí tan cerca del fin el Humilladero. Un poco menos penosos, aunque todavía más empinados son los últimos cien metros que se sube entre peñas vivas, cubiertas con poca arena, agarrándose con las manos.

A las 11 y 50 minutos estuvimos en el borde del cráter, pero no más de la tercera parte de los empresarios, mi mayordomo y tres de los peones veteranos que me acompañan hace ya tres años: Melchor Páez, Rafael Yantui y Vicente Ramón (de Santa Prisca de Quito), el mismo que en la primera ascensión con el Señor Reiss había llegado hasta muy cerca del borde. En los últimos 500 metros gastamos dos horas y veinte minutos, que hacen 28 minutos por los cien metros, mientras que sobre la lava y más abajo no necesitábamos sino 18 minutos para la misma medida.

Una hora pudimos gozar la vista del cráter y la satisfacción que nunca falta al esfuerzo que lleva a un buen resultado, y que ningún trabajo físico



recompensa más visiblemente como la ascensión a una altura considerable, en la cual triunfa también la voluntad moral.

El barómetro que observé con la convicción aflictiva de no colocarlo probablemente en otro punto más elevado, me daba a las 12 y media:

13, 11, 40 pulgadas y líneas de París -igual-377.62 metros; 9° 5 cen. temperatura del instrumento y 3° 5 del aire, que se calcula la altura de 5.996 metros o 4 metros más que el resultado barométrico del Señor Reiss.

El cráter del Cotopaxi se parece mucho al cráter del Tungurahua según la estructura y el color de las paredes que le cercan, pero en cuanto a las dimensiones las del primero son mucho mayores, y tampoco conservan en su interior las masas de nieve que adornan al del Tungurahua. En la última hora de la subida las nubes y las nieblas nos tenían envueltos, y nos quitaron una gran parte del gusto que experimentamos al principio. Llegado al borde mejoraron de nuevo las circunstancias, y ahí no fueron tanto las nieblas lo que molestaban, sino el ácido sulfuroso de las fumarolas que salen constantemente en el punto que se presta más para ver la profundidad. Por ratos largos todo el borde del cráter que está formado de peñas escarpadas y descompuestas en la superficie, se despeja bajo un cielo de hermoso azul, inmóviles se quedaron las nubes en dirección Sureste al Quilindaña, el nevado más inmediato, que yo esperaba ver de aquí.

Las peñas de nuestro alojamiento mostraron una particularidad muy sorprendente; componiéndose de una lava antigua, porosa y escoriosa, que no tiene una superficie áspera e irregular sino casi lisa, como sucede con las peñas gastadas por el agua en los ríos corrientes; y forma así unas listas y canales anchas. La razón de este estado de la piedra no se deja



explicar de otra manera, según mi opinión, que por los productos incandescentes, vaciados en este lugar del cráter. La lava nueva que nos sirvió de escalera para subir tiene por arriba su principio en la falda exactamente bajo el punto cuestionado, y me parece muy probable que ella misma ha producido el dicho efecto en su derrame. Sería entonces aquí que se observaría una analogía con el hecho referido sobre la última erupción del Tungurahua, es decir que el declive del suelo no permitió a la materia líquida detenerse y enfriarse sobre la banda empinada (35 - 40°) del cono, y de señalar al tiempo futuro el punto de su origen. Suponiendo este modo de erupción, no quiero negar que otra opinión tenga menor probabilidad, como por ejemplo, que dicha lava (de 1.854) haya penetrado la pared del cono unos 300 metros abajo del borde, lo que es muy común en otros volcanes, solamente los testigos del fenómeno pudieran resolver ahora la cuestión. Las demás personas me han asegurado que la corriente de fuego que muchos tomaron por una grieta ha principiado en todo el borde, lo que confirmará por supuesto mi opinión.

Si hubiese sido en el año de 1.854 que el último derrame de la lava tuvo lugar, o si acaso ha habido otra más en 1.863, tampoco es fácil determinar con toda seguridad a causa de las noticias contradictorias que corren sobre el hecho, aunque el espacio de tiempo es muy corto. Los volcanes de América no tienen una historia, y los pocos datos que existen sobre ellos no son auténticos.

En la bajada, que principiamos a la una de la tarde, alumbró el sol todo este campo de nieve que desciende al "Picacho del Cotopaxi" que parece una colina pequeña vista de esa altura, mientras las nubes blancas, deslumbradoras como la nieve misma, formaban un círculo estrecho cuyo centro era la cima del Cotopaxi.



De los demás peones que habían subido, se encontraba uno de mis prácticos (José Pachacama de Quito) 50 metros abajo del borde, incapaz de adelantar al término más próximo otros en 400 metros, y alguno de los mulaleños todavía mucho más abajo. Todos sufrieron, como yo, de un dolor de cabeza muy fuerte, con la única excepción de Melchor Páez, que al mismo tiempo era el menos cansado, aunque él iba cargado un barómetro algo pesado. De los mulaleños, solamente Ramón Tapia, pasó un poco la altura de 5.600 metros, probando de nuevo, que los vómitos, en realidad, son efectos de esas alturas, y no una debilidad casual del estómago. Ni en esta ascensión, ni en las anteriores, he podido observar la salida de sangre por las narices, labios o las orejas, que otros viajeros mencionan con cierta predilección. Ciertamente, debe extrañarse que no podamos el Señor Reiss y yo, citar un sólo caso en todas nuestras ascensiones, para afirmar tal hecho, aunque tres veces hemos subido hasta cerca de 6.000 metros, una elevación que en raras ocasiones ha sido alcanzada por otros viajeros, sin contar las muchas ocasiones en que hemos estado en la altura muy considerable de 5.000 metros, en la cual siempre llevamos un tren de muchas personas y de distintas razas.

A las cinco de la tarde, caminando muy despacio, y llevando unas muestras de la lava nueva, que tiene envueltos pedacitos de cuarzo en gran número, y que también contiene unos granos muy chiquitos de olivina, llegué a mi campamento, que se cubrió nuevamente de nieve, la cual siguió cayendo toda la noche con mucha abundancia, mudando el aspecto en un paisaje del invierno europeo.

Una taza de cocoa tomada a las 6 de la mañana había sido el único alimento en todo el día, después del regreso sólo con repugnancia tomé a las nueve de la noche una pequeña parte de mi comida; esta reacción fisiológica se ha repetido en todas mis



ascensiones, y a la cual algunos de mis compañeros estaban sujetos del mismo modo.

El domingo 9 de Marzo bajábamos del campamento con un tiempo lo más desagradable y fatal, al pie del cerro Ami, en donde mis mulas estaban aguardando para el regreso a Latacunga.

Así se concluyó la segunda ascensión al Cotopaxi, el cual no solamente en el Ecuador, como es conocido, sino en el mundo entero ocupa en cuanto a sus dimensiones y belleza el primer lugar entre los volcanes activos y formados por la sucesiva acumulación de los productos eruptivos.

El resultado científico de las ascensiones a los cerros tan elevados que la fuerza del hombre apenas alcanza para coronar sus cúspides será siempre muy pequeño. Lo principal que se ofrece realizar es la comparación del cálculo trigonométrico con la medida barométrica de la altura.

Para otras operaciones meteorológicas o topográficas falta el tiempo y las demás condiciones indispensables. Una excepción en estas empresas hacen hasta cierto grado los volcanes cuando es posible alcanzar y examinar su cráter para conocer el estado de actividad, o el estado en que aquellos se han quedado, después de la última erupción; dije hasta cierto grado, porque el cráter, este canal de una forma casual en medio de escombros, de peñas, de montones de piedras y de derrumbos de arena, ya no tiene para la geología una importancia general, no es la llave para los secretos de aquella ciencia como se ha podido antes suponer; pero es una especialidad que debe ser mencionada en una descripción científica de un volcán, y que ahora no faltará ni al Cotopaxi, ni al Tungurahua. Por el contrario una ascensión a la copa del Chimborazo que con ciertos preparativos no parece imposible, formada de una espesa masa de nieve, no sería sino una prueba de la fuerza física, sin embargo no deja



de producir la viva atracción que imprimen todos los nevados, sean en América o en Europa a las personas de ambición.

La descripción del primer viaje al Cotopaxi del señor Reiss, cuyo valor científico, V. E. ha querido apreciar, está tan exacta y detallada que no me sería fácil adicionarla; lo poco que he podido añadir por mis experiencias personales, V. E. tenga la bondad de recibirlo como una pequeña contribución nueva, para la historia del Cotopaxi, y en lo general de las ascensiones a los Andes del Ecuador.

Comparando los caminos de las dos ascensiones, el del Cotopaxi y Tungurahua entre sí, resulta que el cerro de menor altura obliga a hacer una subida más larga; lo que se explica por la situación de los puntos de salida.

#### TUNGURAHUA

1—Baños punto de salida .....	1.800 metros
2—Ponchoa (principios del camino de a pie) . . .	2.620 „
3—Campamento en el páramo .....	3.615 „
4—Campamento en el arenal Peña-grande . . . .	4.498 „
5—Cúspide Noreste .....	4.927 „
Diferencia entre 1 y 5 .....	3.127 „
Subida a pie .....	2.407 „

#### COTOPAXI

1—Hacienda San Elías, punto de salida .....	3.165 „
2.—Campamento en el arenal (hasta aquí a caballo) .....	4.600 „
3—Cúspide Suroeste .....	5.996 „
Diferencia entre 1 y 3 .....	2.831 „
Subida a pie .....	1.396 „



Una prueba muy interesante de la capacidad física del hombre para caminar en los cerros altos, he tenido en una de mis excursiones al Chimborazo, que ejecuté el 5 de Julio de 1.872 desde la hacienda "Cunucyacu" situada en el pie Norte del Carihuairazo. Esta hacienda está en la altura de 3.650 metros, y el punto hasta donde se puede subir a caballo en la falda Norte del Chimborazo es de 4.862 metros sobre el nivel del mar; la distancia horizontal entre ambos puntos no será menor de dos a tres leguas en un camino que también puede tener 300 metros de bajada y subida negativas. Saliendo a las cinco y media de la mañana a caballo estuvimos a las 8 y media caminando ligero, en aquella altura de 4.862 metros, y casi al mismo instante llegaron a pie dos peones que vinieron por su propia voluntad: Ambrosio Simba, indígena del pueblo de Píntag, y otro de Quito. El uno de los dos quedó con accidente, cuando seguimos la ascensión a las nueve de la mañana, hasta la altura de 5.810 metros faltando sólo 186 metros para la altura del Cotopaxi, la cual alcanzamos a dos y media de la tarde sobre un camino muy empinado y penoso, por una parte cascajoso, y por otra de nieve dura. A las nueve de la noche estuvimos de regreso en la hacienda de Cunucyacu, habiendo Ambrosio Simba hecho todo el camino descalzo y cargado un peso cerca de una arroba, es decir:

Subida de Cunucyacu hasta el paradero de los caballos	1.210 m.
Subida negativa en la ida .....	300 „
Subida desde el paradero de los caballos hasta 5.810 m.	948 „
Subida negativa en el regreso .....	300 „
	<hr/>
Subida total .....	2.758 „
	<hr/>

Distancia horizontal en todo 5 a 6 leguas. Resulta que este viaje es equivalente más o menos a una ascensión al cráter del Cotopaxi, marchando en la



mañana de Santa Ana de Tiopullo y volviendo a la tarde al punto de salida. Según mi opinión es la jornada más fuerte, y casi increíble para los que conocen el terreno, hecho digno de ser conservado en la memoria.

Con un placer especial debo mencionar que en todo el viaje, del cual tengo la honra de dar a V. E. el resumen, me acompañó un joven artista del país, el Señor Rafael Troya, de Quito. Sería ingrato no reconocer aquí el valor y la perseverancia que ha mostrado tanto como viajero cuanto para emplear su talento notable en la pintura de paisaje, bajo las circunstancias más difíciles del tiempo. Estas pinturas por la mayor parte tienen el objeto de completar nuestros trabajos topográficos y geológicos, y de facilitar la inteligencia científica de los volcanes, como los demás hacen gozar igualmente el ojo artístico. Ojalá que yo hubiera dado al mismo tiempo un nuevo impulso para este ramo de la pintura; porque ninguna parte del mundo tiene modelos más variados y grandiosos como el Ecuador.

La cantidad del material científico recogido en unos cinco años de estudio de los volcanes en la América del Sur como el plan de mi futuro viaje, no me permitirá reunir pronto y detenidamente los resultados; por esta razón más debo pedir a V. E. me disculpe la extensión de este resumen que apunta ligeramente algunos datos de la última y tercera parte de mi viaje en el Ecuador.

Dígnese V. E. recibir de nuevo mis agradecimientos por la alta protección y bondad con que ha querido honrarme y favorecer el objeto de mi viaje; un viaje únicamente posible por el largo espacio de paz que la presidencia de V. E. por la primera vez ha sabido dar a la República del Ecuador.

Soy de V. E. atento y seguro servidor —Alfonso Stubel— Latacunga, 18 de Abril de 1873.



## El Paso de los Andes

Por Carlos López Narváez



N “el hombre de un designio providencial” glorificado para los siglos en el apólogo de Choquehuanca, todo-sitios, horas, seres, naturaleza—parece conjugarse en providencialidad para la resultante ecuménica formulada en aquella expresión inmortal. Todo en Bolívar, lo que le dicta la mente, lo que impulsa su corazón, lo que traza la pluma, lo que ejecuta su brazo todopoderoso, asume inmediatamente y para la perennidad de la historia un paralelismo de grandeza con su misión redentora.

Cada jornada épica va señalada con jalones de maravilla o de milagro: desde el terremoto de Caracas hasta el Rincón de los Toros; desde la indomable voluntad previdente de Pativilca, hasta la ingratitud



tenebrosa de la noche de Septiembre; desde la apoteosis de Angostura hasta la deshumanización en San Pedro Alejandrino, huésped de un noble español.

Pero, sin lugar a duda, la mayor autosemblanza libertadora está en el paso de los Andes; audacia, heroísmo, sacrificio, elevación, son caras de la pirámide portentosa en cuya cúspide asomó para determinar su cenit la parábola solar de la libertad neogranadina. Fué allí donde resplandeció en su más evidenciada realización y su más cumplida verdad el apóstrofe de la Plaza de San Jacinto: "Si la naturaleza lucha contra nosotros y se opone a nuestros designios, lucharemos contra ella y la venceremos."

Empeño fútil sería el de elaborar nuevas páginas de relato y descripción de aquella jornada cuyas características de tiempo, lugar y elementos humanos y naturales hacen palidecer los episodios similares de todas las épocas. Mucho mejor tributo — doble tributo — es dar a recorrer y refrescar a los amantes lectores de la crónica épica, una selección de las mejores que han salido de plumas autorizadas y entre las que figuran las de testigos intervinientes, de investigadores eminentes y críticos escrupulosos de aquella magna proeza bolivariana.

**DE PISVA A BELEN.**—El paso de Matarredonda o Páramo de Pisva era un dificultoso problema militar, por cuanto si bien la infantería de la vanguardia no corría mayor peligro, por estar medianamente vestida y formada de gente casi toda del interior, no así la caballería y la mayor parte de la gente de retaguardia, muchos de los cuales jamás habían pisado tierra fría, y por su permanente residencia en climas ardientes descuidaban el vestido más de lo que fuera regular. El Libertador, conociendo estos inconvenientes, tomó sus medidas



a fin de que ningún cuerpo de tropas se viera en el trance de pernoctar en aquellas soledades, sino que todos alcanzaran a atravesarlo en un día, del sitio del Pueblo-Viejo al de Quebradas, y eso al paso más breve que fuera posible.

Después que el segundo medio batallón Cazadores pasó la temible eminencia (2 de Julio), se adelantó el cuerpo completo al pueblo de Socha, que era el más cercano y por fortuna integramente patriota, pues el Cura, el Alcalde, los vecinos principales y hasta los más humildes campesinos esperaban con ansia la llegada de sus libertadores. El 3 le tocó el turno al propio General Santander con el resto de la División, menos el Regimiento 1º de Lanceros, que se había quedado con los ingleses en la retaguardia. El 5 fué Bolívar quien, con Anzoátegui y la mayor parte de la 2º División llegaron a Las Quebradas, pero dejando muertos, por causa del frío, más de cuarenta hombres en el camino. El 6 por la tarde llegaron a Socha. Santander había adelantado la marcha hasta el pueblo de Tasco.

Oigamos sobre esto a testigos presenciales. El oficial de la Legión Británica, cuya obra tradujo Luis de Terán dice: "Cuando llegamos a los páramos que carecen de vegetación, hallamos que el viento era tan penetrante que helaba aún a los que estaban mejor vestidos, y estos eran pocos desgraciadamente por aquella época en el ejército de Bolívar".

"El aspecto de los Andes entre estas cadenas de montañas es magníficamente salvaje. Aunque parecen enteramente nevados, vistos desde las montañas inferiores, hay, sin embargo, poca nieve en los páramos a causa de las violentas ráfagas de viento que los barren constantemente.

"Hay también en los flancos de algunos picos, elevados precipicios de rocas sólidas, donde la nieve no puede permanecer; pero cuando estas montañas



son vistas de cerca, se observa que el hielo está incrustado en ellas, y que en varios lugares tienen hondonadas donde las cascadas brotan continuamente.

“A contar desde esta altura de los Andes, no hay ya senderos, porque el terreno es rocoso y quebrado, sin otro signo de vegetación que líquenes de color oscuro. No es difícil sin embargo, encontrar rumbo, porque se halla indicado por osamentas de hombres y animales que han perecido al tratar de atravesar los páramos con mal tiempo. Se ve en las rocas una multitud de crucecitas, plantadas sin duda por manos piadosas, en memoria de los viajeros que allí perdieron la vida, y en el suelo se encuentran maletas, correas y otros artículos de la industria humana, pertenecientes a las víctimas de la montaña.

“A semejante altura, la situación del ejército es realmente espantosa; sobre su cabeza se alzan enormes bloques de granito, y a sus pies se abren insondables abismos que le atraen. El silencio de estas agrestes soledades no se ve turbado por rumor alguno, a excepción del grito del cóndor y el monótono murmurio de los lejanos manantiales. Ocurre a menudo que es preciso tumbarse para evitar la impetuosa violencia del viento. El cielo, constantemente de un azul oscuro, parece más cerca de nosotros que cuando lo veíamos desde los valles; pero aunque el sol no esté velado por ninguna nube, no parece poseer calor alguno, y no dá sino una luz pálida y enfermiza, como de luna llena.

“El cansancio y el frío, añadidos al estado de debilidad en que se encontraban los soldados, faltos de suficiente alimento, empezaron a dar resultados. Era caso imposible impedir que se tumbasen, a causa del excesivo sopor que experimentaban. Este sopor es casi siempre como un síntoma precursor de la muerte. Los que cedían a esta falta de somnolencia no tardaban en ponerse lívidos, y morían sin dolor aparente, como víctimas de un ataque de apoplejía.



El extremo enrarecimiento del aire puede producir este resultado”.

O'Leary, el Ayudante del Libertador en toda aquella época, refiere en sus Narraciones:

“El paso de Casanare por entre sabanas cubiertas de agua, y el de aquella parte de los Andes que quedaban atrás, aunque escabroso y pendiente, era en todos sentidos preferible al camino que iba a atravesar el ejército. En muchos puntos estaba el tránsito obstruido completamente por inmensas rocas y árboles caídos, y por desmedros causados por las constantes lluvias que hacían peligroso y deleznable el piso. Los soldados que habían recibido raciones de carne y arracacha para cuatro días, las arrojaban, y sólo se curaban de su fusil, como que era más que suficientes las dificultades que se les presentaban para el ascenso, aún yendo libres de embarazo alguno. Los pocos caballos que habían sobrevivido perecieron en esta jornada. Tarde de la noche llegó el ejército (la segunda División) al pie del páramo de Pisva y acampó allí; noche horrible aquella, pues fué imposible mantener lumbre, por no haber en el contorno habitaciones de ninguna especie, y porque la llovizna constante, acompañada de granizo y de un viento helado y perenne, apagaban las fogatas que se intentaban hacer al raso, tan pronto como se encendían.

“Como las tropas estaban casi desnudas, y la mayor parte de ellas eran naturales de los ardientes llanos de Venezuela, es más fácil concebir que describir sus crueles padecimientos. Al día siguiente franquearon el páramo mismo, lúgubre e inhospitálaro desierto, desprovisto de toda vegetación a causa de su altura. El efecto del aire frío y penetrante fué fatal en aquel día para muchos soldados; en la marcha caían repentinamente enfermos muchos de ellos y a los pocos minutos espiraban. La flagelación se empleó con buen éxito en algunos casos para





MARIETTA DE VEINTEMILLA



reanimar a los emparamados, y así logróse salvar a un Coronel de Caballería.

“Cien hombres habrían bastado para destruir el ejército patriota en la travesía del páramo. En la marcha era imposible mantener juntos a los soldados, pues aún los oficiales mismos apenas podían sufrir las fatigas del camino, ni menos atender a la tropa. Aquella noche fué más horrible que las anteriores, y aunque el campamento estaba más abrigado y era menos frecuente la lluvia, perecieron muchos soldados a causa de sus sufrimientos y privaciones. A medida que las partidas de diez o veinte hombres descendían juntos del páramo. El Presidente les felicitaba por el próximo término de la campaña, diciéndoles que ya habían vencido los mayores obstáculos de la marcha. El 6 llegó la División de Anzoátegui a Socha, primer pueblo de la provincia de Tunja: la vanguardia le había precedido desde el día anterior. Los soldados al mirar hacia atrás las elevadas crestas de las montañas, cubiertas de nubes y brumas, hicieron voto espontáneo de vencer o morir antes que emprender por ellas retirada, pues más temían a ésta que al enemigo por formidable que fuese. En Socha recibió el ejército solícita hospitalidad de los habitantes del lugar y de los campos circunvecinos. Pan, tabaco y chicha, bebida hecha con maíz y melado, recompensaron las penalidades sufridas por las tropas, y las alentaron a concebir más halagüeñas esperanzas en lo porvenir. Mas, al paso que disminuían los trabajos al soldado, se multiplicaban las atenciones del General: la caballería había llegado sin un solo caballo, y las provisiones de guerra yacían en el tránsito por falta de acémilas en qué transportalas; a duras penas conservó la infantería secos sus cartuchos en medio de las lluvias, y las armas en su mayor parte estaban descompuestas y se hacía necesario limpiarlas



pronto. Las tropas estaban sin vestido, los hospitales llenos, y el enemigo se encontraba a pocas jornadas. Pero no era la grande alma de Bolívar para apocarse ante estos embarazos, que, por lo contrario, sólo servían para hacerla cada vez más grande y poner a prueba lo inagotable de sus recursos. Su primer cuidado fué asegurar la subsistencia de las tropas y ponerlas en estado de resistir a los realistas. Con este fin despachó al Coronel Lara, cuya actividad en ejecutar las órdenes del Presidente era asombrosa, para que con cuantas mulas pudiera reunir saliese a recoger las armas y municiones dejadas atrás y a reunir los dispersos y enfermos, y mandó también comisionados a recolectar caballos en diferentes puntos y a traer ganados de los campos circunvecinos. Se organizó un hospital, se enviaron espías en todas direcciones a indagar noticias acerca del enemigo y difundir otras exagerando el número, calidad y disciplina del ejército patriota. Nada quedó por hacerse de cuanto podía aconsejar la prudencia.”

A TRAVES DE PISVA.—En los días 30 de Junio y 1º de Julio la vanguardia, por orden de Bolívar, emprendió marcha hacia el páramo. Adelante iba el Comandante Joaquín París, con una Compañía de Cazadores, y el General Santander lo seguía con el resto de sus infantes. París llegó a Las Quebradas, a donde llegó el 4 de Julio en la noche, y al otro día se dirigió a Socha.

“La retaguardia y parte de la caballería siguieron el movimiento con el Libertador el 2 de Julio y llegaron a Pisva: el 3 avanzaron a Puebloviejo, donde pasaron la noche. La cantidad de tropas y bestias retardó notablemente la marcha. El día 4, las dificultades fueron más sensibles por el cansancio, la marcha más lenta y durmieron en la Sabaneta. Al páramo propiamente dicho se le calcularon seis leguas. El Libertador, conduciendo el cuerpo principal, no quiso adelantarse. En la madrugada



del 5 emprendió la marcha, desde el pie del páramo, con la mayor parte de las tropas; lo atravesó felizmente con un buen tiempo, y en la tarde llegó a Las Quebradas, mientras la vanguardia marchaba de este pueblo a Socha. El día 6 las tropas avanzaron con Anzoátegui a este pueblo, y el Libertador permaneció en Las Quebradas, dando urgentes disposiciones para socorrer a los atrasados, y luego marchó a alcanzarlos. A pesar de la ventaja del buen tiempo la tropa sufrió penas indecibles por el frío: muchos hombres murieron o quedaron emparamados, perecieron gran número de bestias de silla y de carga, y fueron pocas las que no pudieron pasar.”

“Acompañando a la Legión Británica, una parte de la caballería, los equipajes y el parque, el General Soublette emprendió marcha de Paya tres o cuatro días después de la división Anzoátegui, es decir el 5 o 6, y todavía el 11 se hallaba en Pueblo Viejo. Para ayudarlo a pasar el páramo, el Libertador destacó de Las Quebradas al Coronel Jacinto Lara con algunos soldados a reunir todos los hombres de Socha y Socotá y a llevarlos en auxilio de los ingleses y de los llaneros, a conducir a hombros los pertrechos y armas abandonadas en el suelo, y a recoger bestias cansadas. Soublette tenía orden de adelantar en el tránsito, sin esperar el parque, y enviar de Las Quebradas, donde encontraría víveres, una comisión al páramo, semejante a la de Lara, a recoger bestias y efectos.”

“El espectáculo de estas cadenas de montañas, escribe el Capitán Wavell, de la Legión Británica, es soberbio y salvaje. Aunque ciertas cumbres parecen cubiertas de nieve miradas desde abajo, les queda muy poca en los páramos, a causa del viento que la arrastra, o de las rocas inclinadas sobre las cuales se desliza. En cambio se mantiene en las grietas, dando origen en las más profundas, a arroyos



y cascadas. En el páramo se encuentran osamentas de hombres y animales que han perecido atravesándolo. En muchos lugares amenazan al viajero enormes rocas suspendidas encima del desfiladero, o abismos a los que es fácil caer. Al silencio de estas soledades salvajes sólo lo perturba el murmullo monótono de caídas de aguas lejanas, y de tiempo en tiempo el eco del cóndor. El cielo, de color azul subido, parece más cerca que visto del fondo de los valles. En el páramo, sin la protección de los bosques, el frío es tan penetrante que helaba aún aquellos que tenían abrigo y éstos eran muy pocos en el ejército del General Bolívar. Las fuerzas del viento a veces obliga a los soldados a acostarse para evitarla.”

El ejército libertador atravesó, en la campaña del Perú, la Cordillera Blanca, más elevada que la Oriental de la Nueva Granada, sin sufrir pérdidas sensibles como en esta última, porque la cruzó bien equipado y provisto de todo lo necesario. En aquella campaña Bolívar y Sucre pudieron preparar el ejército durante varios meses en los ricos Departamentos de Cajamarca, Trujillo, la Costa y Huánuco. Los soldados, con vestidos dobles, zapatos y abrigos, dormían en cobertizos, llamados en el país pascanas, construídos especialmente donde encontraban víveres y leña; se habían entrenado para resistir el soroche, y los jinetes, marchando en mulas, llevaban de diestro sus caballos, herrados convenientemente, y de noche los cubrían con mantas; mientras que en la travesía de la cordillera granadina emprendida sin estos elementos por carencia de medios, el ejército casi desnudo, y los caballos y mulas sin herrar, arrostraban peores caminos. Por todo esto la heroica empresa tuvo carácter trágico.



## Paso de los Andes

Indalecio Liévano Aguirre

*Mi destino ha querido que una vasta porción  
del mundo haya aprovechado de mis combates  
para romper sus cadenas.*

SIMÓN BOLÍVAR



PARA cruzar la cordillera, los ejércitos libertadores debían pasar por una de las depresiones de la misma, las cuales forman a la manera de pasos naturales, abiertos sobre sus cimas. A Bolívar y sus oficiales les correspondió escoger entre el boquerón de Peña Negra, que conducía al Valle de Tenza; el páramo de Totilla, acceso a las regiones vecinas de la laguna de Tota; o el páramo de Pisva, abierto a cuatro mil metros de altura, que permitía el paso hacia la población de Cocha y el valle del río Shicamocho.



Para pronunciarse sobre las ventajas de adoptar uno de éstos caminos, los jefes patriotas necesitaban considerar, además de las condiciones del terreno las facilidades del tránsito en cada uno de ellos, la posible localización de las fuerzas realistas al lado opuesto de la cordillera. Esta última circunstancia tenía especial importancia porque las penalidades que habrían de sufrir las tropas en el paso de los Andes hacían indispensable para ellas un descanso de algunos días en el lado opuesto, antes de verse obligadas a entrar en combate con el enemigo. Por estas razones, Bolívar escogió el paso de Pisva, el más difícil de vencer por su altura, pero también el menos defendido y el más lejano de los diferentes sitios donde se hallaban las guarniciones españolas, a donde ellas podían efectuar rápidas concentraciones para detenerlo cuando pisara los valles granadinos. Acordado este plan, Bolívar destacó la vanguardia, con orden de apoderarse del puesto de Paya, operación que Santander ejecutó brillantemente; tras de reñido combate el día 27 obligó a la guarnición española a buscar refugio en Labranzagrande. Más al tiempo que Santander triunfaba sobre las avanzadas realistas, en el núcleo central del ejército libertador acaecían sucesos lamentables, que habrían de poner en peligro la misma continuación de la campaña; el cambio de clima, la dureza del terreno y, sobre todo, el temor a las inmensas moles de los Andes, cuyos farallones rocosos y casi cortados a pico hacían presentir a los llaneros terribles y desconocidas penalidades, fomentaron seria resistencia entre los contingentes venezolanos, la cual obligó a sus oficiales a solicitar al Libertador ordenara el regreso a Casanare. "Un mes entero —escribía Bolívar al Gobierno de Angostura— hemos marchado por la provincia de Casanare, superando cada día nuevos obstáculos que parece se redoblaban al paso que nos adelantábamos en ella. . . Esta creí que fuese



la principal dificultad y, ya vencida, nada me parecía lo demás, cuando he tropezado con obstáculos que sólo la constancia a toda prueba puede allanar. La aspereza de las montañas que hemos atravesado es increíble a quien no la palpa. Para formar una idea de ella basta saber que, en cuatro marchas, hemos inutilizado casi todos los transportes del parque y perdido casi todo el ganado que venía de repuesto. El rigor de la estación ha contribuido a hacer más pesado el camino, apenas hay día o noche que no llueva”.

Estos hechos y el conocimiento de que todavía faltaba vencer la peor parte del camino, el ascenso al páramo de Pisva, llevaron a Bolívar, ante la presión general de soldados y oficiales, a considerar la posibilidad de interrumpir la campaña de los Andes. Sin embargo, sus vacilaciones no fueron lo suficientemente categóricas como para convertirse en decisión. Quiso que el asunto fuera considerado en Consejo de Oficiales, y para el efecto lo convocó en el llano de San Miguel. No bien lo supo Santander, a su vez consultó a los oficiales granadinos, quienes unánimemente le respondieron que “preferían una muerte segura en la proyectada operación contra los enemigos dominadores de la Nueva Granada, a retroceder a los llanos”.

Como se ve, aquella hora decisiva para la historia de América, el regionalismo era todavía la fuerza que determinaba las supremas decisiones de sus pueblos; los venezolanos lo preferían todo antes de ir a la Nueva Granada, y los granadinos no vacilaban ante la muerte, para no retroceder a los llanos venezolanos. Por fortuna, en este caso, el regionalismo granadino era más constructivo de lo que hasta ahora había sido el venezolano, pues la hostilidad de los soldados de Santander por la vida en el llano se transformó en el estímulo que, en aquel momento de vacilación del Libertador, provocó decisión



favorable a la continuación de la campaña, de cuyo éxito dependía la libertad de América.

El 30 de Junio se reunieron las dos Divisiones de Paya, y al día siguiente la vanguardia tomó el escarpado camino de Pisva, que Bolívar con la retaguardia comenzó lentamente a transitar en dos. "En esta altura de los Andes no hay senderos —dice un cronista—; el terreno es rocoso y quebrado, sin más signo de vegetación que oscuros líquenes. El rumbo siempre se encuentra, porque lo marcan osamentas de hombres y animales que han perecido al atravesar el páramo con mal tiempo. Se ve en las rocas una multitud de crucecitas plantadas por piadosas manos, en memoria de los que allí cayeron, y en el suelo se ven los despojos de sus equipos. La situación era realmente espantosa; sobre las cabezas se alzan enormes bloques de granito, y a los pies ábrense abismos que atraen. Nada turba el silencio como no sea el grito del cóndor y el murmullo de arroyos lejanos; el cielo azul nos parece más cerca de nosotros, y aunque el sol no está velado por nube alguna, parece no tener calor y da una luz pálida, como de la luna llena".

Vinieron entonces los días temidos por el Libertador. A medida que ascendían por el escarpado y estrecho sendero, la temperatura se tornaba más fría, y los soldados mal abrigados y peor alimentados para resistirla, enfermaban gravemente o morían. La lluvia era torrencial, la vegetación iba desapareciendo y la roca dura, donde sólo prendían raros cactus, hacían más triste el panorama de aquella heroica travesía. El aire, con la altura, se iba enrareciendo, y los fatigados organismos de los soldados parecían invadidos por extraña somnolencia. El terrible soroche causaba estragos entre aquellos desventurados, y solamente la flagelación lograba, a veces, arrancar de la muerte sus cuerpos helados. Las mujeres, amantes o esposas, quienes fielmente



seguían a las tropas, hacían prodigios atendiendo a los enfermos, animando a los desalentados y dando pruebas de una resistencia que maravillaba a los oficiales extranjeros. O'Leary cuenta con asombro como una de ellas dio a luz en aquellas dramáticas horas y "a la mañana siguiente —dice— vi a la madre con el recién nacido en los brazos y aparentemente en la mejor salud marchando a retaguardia del batallón".

Tras de incontables penalidades y serias pérdidas el 5 de Julio de 1819 el grueso del ejército Libertador llegó a Quebradas, en las laderas que descienden sobre la región de Socha. Allí tomó merecido descanso, recibió los auxilios y alimentos enviados desde aquella población por las avanzadas, y el 6 de Julio acampó en Socha. El paso de los Andes una de las empresas militares más audaces de la historia, estaba terminado, y los patriotas, en el propio corazón del virreinato granadino, recibían el apoyo entusiasta de las poblaciones que al conocer su llegada les enviaban alimentos, vestidos, caballos, armas y corrían a unirse a sus filas. ¿La hora histórica para el pueblo granadino había llegado? Así lo comprendían todas las gentes de aquellas regiones al dar caluroso recibimiento a las tropas del Libertador. "Apenas di mis primeros pasos escribe Bolívar —de este lado de la cordillera— que divide el llano de los terrenos quebrados limítrofes con la provincia de Casanare—, cuando oí resonar delante de mí, bendiciones de unos hombres que esperaban mis armas con todo el entusiasmo de la libertad.



## Berruecos

Diego Manrique Pinto

### LA UBICACION



El obelisco que rememora el asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho está localizado a la derecha del antiguo camino de herradura, en el trayecto de los ríos Mayo y Juanambú, en el distrito de La Unión, Departamento de Nariño.

Más o menos a tres kilómetros de La Unión; antigua Venta, hacia el Sur, distancia por carretera; y a dos kilómetros por el antiguo camino nacional.

A unos 150 metros de la carretera de La Unión Pasto, a la derecha, en la dirección Sur.

El paraje panorámico se delimita, al Oriente por la montaña del Cusillo; al Occidente, por la loma La



Jacoba; al Norte, loma adyacente a la población de La Unión y el valle del Patía, cuyo horizonte cierra en parte la loma conocida con el nombre de La Carmona; y al Sur, las lomas altas de Buenos Aires y las Lomas de Reyes, pertenecientes entonces a unos señores Solartes, hoy comunidad de varios.

### **EL OBELISCO**

La familia de Pedro Muñoz, al Oriente; la de César Delgado, al Norte; y en la carretera, al Nororiente, con una tienda de comestibles, María Muñoz, hacían permanente guardia humana a la columna histórica, de tres metros con cincuenta centímetros de altura, en forma cuadrangular con remate cónico, que se levantaba en aquel lugar y que en 1946 fué destruída para erigir en el mismo sitio el obelisco actual, construído por cuenta de la Academia Colombiana de Historia.

Otras características de la antigua obra eran las siguientes: en la parte alta se disminuía el espesor, y en su cara oriental tenía una placa de mármol y de bronce. Un cerebro tronchado al nivel de la pupila gloriosa, que quedó cegada.

Abajo de los acuartelamientos de bronce, en el mármol se leía:

**AL MARTIR DE BERRUECOS**

**GRAN MARISCAL ANTONIO JOSE DE SUCRE**

**EN EL PRIMER CENTENARIO**

**DE LA**

**BATALLA DE PICHINCHA**

**LA COLONIA ECUATORIANA RESIDENTE**

**EN PASTO**

**1.822 — 1.922**



El nuevo obelisco fué inaugurado el 4 de Junio de 1946. Tiene cuatro placas; en la frontal fué esculpida la dedicatoria al Gran Mariscal, que tiene por tema una frase del Libertador; en la cara posterior se explica que la iniciativa de la obra correspondió a la Academia de Historia. En las caras laterales se ven el busto en relieve de bronce del Mariscal y el escudo de la Academia.

Este monumento fué construído con piedra veteadada sobre tres graderías; la columna tiene poco menos de 10 metros sobre la base.

### **TRAYECTO DE LA VENTA DE MAYO A BERRUECOS**

A inmediaciones del río Mayo, en un filo cercano al Salto, cerca al kilómetro 105 de la carretera (distancia de Pasto) se encontraba la casa de José Erazo. Sombreábanla cuatro higuerones y unas grandes piedras, hacia la ribera derecha del río Mayo. Hoy los trabajos de la carretera tajaron parte de la roca y derribaron uno de los higuerones.

En esta casa-venta de Mayo —habitaba Erazo con su familia legítima, en el trayecto comprendido entre la quebrada de la Honda y el río Mayo, es decir, entre los kilómetros 104 y 105 de la carretera actual, y hacia el costado derecho de la carretera, en dirección Pasto-Patía.

Después de abandonada la casita por Erazo y su familia, en el mismo sitio levantó una vivienda Leopoldo Pabón y Meléndez, que sus herederos vendieron a la familia Torres. Hoy pertenece al señor Eliecer Torres López y en ella habitan con sus familias dos indígenas, de nombres Leonidas e Ismael, y el sitio ha tomado el nombre de Rancho Grande.



Entre el salto del Mayo y la hoy población de La Unión hay once kilómetros. El camino era desierto por la naturaleza del terreno, pues prácticamente allí principia el descenso a la hoya hidrográfica de las gargantas del Juanambú .

La próxima venta entre el Mayo y Berruecos era la de La Capilla, en la ceja de la montaña, donde habitaban Desideria Meléndez, la amante de Erazo, a distancia de un kilómetro de la hoy población de La Unión, por el antiguo camino. Entre la venta del Mayo y la de La Capilla había por tanto una distancia de doce kilómetros más o menos.

En este trayecto fué en donde Erazo salió al camino, por los atajos, a encontrar a Sucre y a sus compañeros, en forma tan sorpresiva, que hizo exclamar al mismo Sucre: "Pareces un duende". Fué en el sitio donde estaba situada la cadena de la carretera, en la entrada norte a La Unión, en que la carretera cruza por la cuchilla, el antiguo camino.

### LA VENTA DE LA CAPILLA

La venta de La Capilla estaba localizada al occidente de un cerro, de más de doscientos metros de alto, llamado Piedra Volandera, o cerro de Dinde, sobre una angosta explanada, surtida de una vertiente; la capillita existía a unos cien metros al sur de la venta de Desideria Meléndez, y a unos cincuenta metros a la izquierda del antiguo camino. El sol mañanero de que habla Posada Gutiérrez no podía proyectarse sobre el sitio sino después de las siete y media de la mañana, por interponerse el cerro, montañoso entonces; y para cubrir la distancia hasta allí, Sucre tuvo que salir por lo menos a las cinco de la mañana de la casa de Erazo y su familia legítima, en el río Mayo, donde pernoctó el tres de Junio de 1.830.



En esta venta Erazo esperó el aproximamiento de Sucre a Berruecos. Allí era donde tenía preparado el golpe. De esta casa se adelantó con sus compañeros y penetró primero en la montaña de Berruecos.

## **BERRUECOS**

El asesinato se consumó dentro de la montaña, a un kilómetro de la venta de La Capilla, y Sucre cayó unos tres metros a la derecha (dirección sur) del sitio donde está localizado el obelisco, es decir, entre la venta y el antiguo caserío de Cabuyal, hoy Cartago de Nariño, a ochenta y cinco kilómetros de Pasto y a ocho de La Unión.

## **LUGAR DONDE FUE SEPULTADO EL GENERAL SUCRE**

El cadáver de Sucre fue, por lo tanto, traído del lugar del asesinato, hacia la venta de La Capilla y sepultado cerca de ésta en el cementerio llamado de La Capilla, al occidente del cerro de Piedra Volandera, o de Dinde, donde Sucre esperó la primera proyección de la luz solar, antes de entrar a la montaña de Berruecos, al frente de La Capilla, cuyos vestigios permiten apreciar la localización fácilmente. El terreno de la venta y de La Capilla, en 1830, formaba parte de la antigua hacienda de Alpujarras de la familia Martínez. Hoy pertenece a la fundación jurídica del hospital de La Unión. El terreno que ocupa el obelisco erigido por la Academia Colombiana de Historia y que recuerda el sacrificio de Sucre fué comprado por la Academia de Historia en el año de 1946.

El cementerio de La Capilla, donde fué sepultado Sucre, está situado al oriente del cerro de Dinde o



Piedra Volandera; al occidente de la loma de la Jacoba, que perteneció en 1830, al Presbítero Latorre, y después a Darío, Agustín y Ramón Martínez Leal, hoy de Florentino Martínez; al norte de la antigua montaña de Berruecos y al sur de la hoy población de La Unión, fundada a mediados del pasado siglo.

### OTROS DETALLES

La venta de la Capilla sufrió el deshonor del suceso. Y la misma Desideria Meléndez hubo de abandonarla, trasladándose más al Norte, a un paraje comprendido dentro del área de la hoy población de La Unión. Tuvo allí una tienda llamada también La Venta, y por ello mucha gente creyó que el lugar que ocupó su casa fué el de La Venta donde se hospedó Sucre.

El terreno de la venta de La Capilla, o Venta Quemada, fué regalado por el señor Rafael Rivas a la iglesia de La Unión; y el Padre Cuevas Leyva proyectó construir en esa zona un hospital.

Hay un error al considerar que Arboleda fué asesinado en el mismo sitio. Julio Arboleda cayó en todo el filo de la cuchilla alta de El Arenal, a unos nueve kilómetros del lugar del asesinato de Sucre, en el cerro de Martín, equidistante entre las parroquias de La Unión y de Berruecos.

Para mejor explicación, las distancias por la hoy carretera del Sur, son las siguientes:

Patía está a 109 kilómetros de Popayán; la confluencia del Guachinono y el San Jorge, a 132; Mojarras, a 140 de Popayán y 156 de Pasto; Mercaderes, a 141 de Pasto y a 155 de Popayán; río Mayo (casa de Erazo), a 104 de Pasto; La Unión, a 93; morada de Desideria Meléndez, a 92 kilómetros de Pasto; Berruecos, lugar del asesinato, a 89 kilómetros de Pasto.



De Popayán a Berruecos, lugar del asesinato, hay 197 kilómetros; de Berruecos a Pasto, 89; de Berruecos a Ipiales, 285; de Berruecos a Rumichaca, 292; de Berruecos a Tulcán, 299; de Berruecos a Quito, 740 kilómetros.

### OTROS DETALLES

La venta de la Capilla sufrió el deshonroso suceso. Y la misma Desideria Meléndez hubo de abandonarla, trasladándose más al Norte, a un paraje comprendido dentro del área de la hoy población de La Unión. Tuvo allí una tienda llamada también La Venta, y por ello mucha gente creyó que el lugar que ocupó su casa fue el de La Venta donde se hospedó Sucre.

El terreno de la venta de la Capilla, o Venta Quemada, fue regalado por el señor Rafael Rivas a la iglesia de La Unión, y el Padre Cuevas Levya proyectó construir en ~~ella~~ un hospital.

Hay un error al considerar que Arboleda fue asesinado en el mismo sitio. Julio Arboleda cayó en todo el filo de la cuchilla alta de El Arsenal, a unos nueve kilómetros del lugar del asesinato de Sucre, en el cerro de Martín, equidistante entre las parroquias de La Unión y de Berruecos.

Para mejor explicación, las distancias por la hoy carretera del Sur, son las siguientes:

Pasta está a 109 kilómetros de Popayán; la confluencia del Guachinemo y el San Jorge, a 132; Mojanas, a 140 de Popayán y 158 de Pasto; Mercaderes, a 141 de Pasto y a 155 de Popayán; río Mayo (casa de Eraso), a 104 de Pasto; La Unión, a 93; morada de Desideria Meléndez, a 92 kilómetros de Pasto; Berruecos, lugar del asesinato, a 89 kilómetros de Pasto.



## Anita Lenoit

Por Cornelio Hispano



N 1812 vivía en Salamina, pequeño puerto sobre el río Magdalena, entre el Guámaro y Piñón, una familia de emigrados franceses, arribados a Cartagena de Indias en el primer corsario patentado por el dictador Rodríguez Torices. Formaban la familia M. Lenoit, su esposa y una niña de 17 años, llamada Anne.

Cuando el aventurero francés Labatut abrió en aquel año operaciones contra el bajo Magdalena, el Coronel Simón Bolívar era el segundo en el mando; al llegar a Salamina oyó hablar a los marinos de una "madamita" del pueblo que hablaba lenguas. Por la tarde Bolívar fué a visitarla; Anita estaba sola con los criados, pues sus padres habían marchado a Santa Marta a comprar mercancías. Le refirió como a consecuencia de las agitaciones de su Patria habían



tenido que abandonarla y venir a América. Bolívar escuchaba embelesado a aquella niña cuya conversación en media lengua, tenía un encanto inefable, y Anita observaba maravillada a aquel bizarro joven de 28 años, de marcial continente, cuyas vivas miradas revelaban ya el futuro domador de pueblos y fundador de naciones.

La bella Anita no pudo dormir en la noche que siguió a aquella tarde deliciosa.

Había hablado su lengua nativa, había sido llamada "mademoiselle", y el trato de aquel joven era inefable.

La tarde siguiente Bolívar presentóse más temprano y fué acogido con ruborosa timidez; se habló de Francia y del talento y la gracia de las francesas. Bolívar estuvo magnífico, y Anita tras la despedida, fuese a su lecho triste y pensativa.

El tercer día Bolívar llegó más tarde; Anita impaciente, le salió al encuentro y, en tono de reconvención, le dijo:

—¿Por qué ha tardado Usted tanto?

Bolívar se excusó con sus ocupaciones, y luego habló del amor, de la dicha de vivir, de las desventuras de su patria, de sus sueños de gloria . . . Anita, estática, sentíase morir. Bolívar le tomó las manos, pero las soltó al instante porque abrazaban.

—¿Qué!—le dijo— ¿Está usted enferma?

—Sí, la conversación de usted me ha hecho daño. Y reclinó la cabeza sobre el hombro de Bolívar. Este la contempló durante algunos momentos; luego quizá desconfiando de sí mismo, se puso de pie y, tendiéndole la mano, le dijo:

—Hasta mañana, señorita.

La joven, reteniendo entre las suyas la mano que se le presentaba, repuso:

—¿Tan pronto?

El cuarto día no fué Bolívar a visitarla. El quinto, Anita amaneció enferma, y Bolívar voló a verla,



sabiendo que su presencia bastaba para sanarla. En dulcísima intimidad pasaron largas horas de la noche, y, a las doce, el amante se retiró tranquilo por la salud de su amiga.

La escuadra libertadora fondeó en El Piñón. Al desembarcar, Bolívar vio a Anita que le tendía los brazos desde la albarrada, bajo cuya arboleda de ceibas y cocoteros rumorosos se reúnen por las tardes los vecindarios para gozar del fresco y contemplar el río.

—Vea usted, Ana —le dijo Bolívar—, yo soy un soldado de la revolución que lucho por la libertad. Hoy aquí, mañana allí, mi destino es seguir adelante sin que pueda detenerme un momento a descansar. ¿Qué puedo ofrecerle, pues? Mi corazón está muerto para los afectos y sólo palpita por la libertad.

Ana no contestó, pero las lágrimas hablaron demasiado por ella. Bolívar imprimió un beso en su frente virginal y, antes de una hora, las embarcaciones patriotas, a velas desplegadas, habían dejado atrás el Cerro, el Suan y los caseríos ribereños en más de tres leguas.

Al llegar frente a Heredia, una inmensa llamarada les hace comprender que los españoles habían incendiado aquel pueblo, y los esquifes siguen avanzando a favor de la noche. Al día siguiente, Bolívar ataca a Tenerife y lo toma a sangre y fuego, después de una heroica y desesperada resistencia. Mas, cuál sería su sorpresa cuando al cruzar el puente se encuentra con Anita, que acababa de desembarcar. Bolívar pasó cerca de ella fingiendo no haberla visto. Por la tarde, en la casa que le tenían preparada, Ana le esperaba.

—¿Puedo saber, señorita —le dijo— la causa de este viaje tan inesperado?

—Es sencillo. Yo he resuelto, suceda lo que suceda, no separarme más de usted —contestó firmemente la joven—.



—Pero, ¿no advierte usted que siguiendo en pos de un ejército expone su decoro?

—¿Qué importa mi decoro si en cambio recobro la tranquilidad perdida?

—Pero, ¿qué se propone usted al seguirme en medio de tantos peligros?

—¡Morir con usted!

Bolívar guardó silencio. Hizo servir la comida y sentó a Anita al lado suyo. Luego, a la caída de la tarde la llevó al puerto, y entre los abrazos, los suspiros, las lágrimas, los besos más ardientes y la promesa de volver a casarse con ella, regresó Anita al hogar de sus padres.

Bolívar siguió su gloriosa campaña. Después de Tenerife tomó a Guamal, el Banco y Puerto Real; bajó a Mompós y la tomó también, derrotó a los realistas en Chiriguaná, asaltó a Tamalameque, y después de dejar libre todo el Bajo Magdalena, golpeó a las puertas de Ocaña, de donde levantó aquel vuelo de águila caudal, asombro de las generaciones.

Hasta la lejana aldea de Anita llegaba el ruido de los triunfos del héroe, cuyo nombre llenaba el continente y repercutía en la vieja Europa, y a cada nuevo triunfo, la amada sentía dilatársele el corazón porque juzgaba que con el tiempo todos habrían de pertenecerle a ella. Jamás dudó de su palabra. Si Bolívar no se casa conmigo, decía, no se casará con nadie. Mas después de las épicas jornadas, de los esplendores y delirios, debían venir para el padre de cinco patrias las supremas amarguras, las desolaciones incomparables.

Un día del año de 1830, un gran champán con bandera de corneta en proa y la nacional en popa, bajaba tristemente el río Magdalena que vio las primeras proezas del héroe. En aquel champán tornaba él, ahora enfermo del cuerpo y del alma, a buscar en las costas del Atlántico una playa solitaria donde descansar y morir. Al pasar por "Punta Gorda"



atracoó el champán; un oficial saltó a tierra y estuvo preguntando en el pueblo por la señorita Anita Lenoit. Nadie la conocía. El champán siguió hasta Barranca Nueva, y allí el enfermo desembarcó y se puso en marcha hacia Cartagena.

Muy pronto se esparció la noticia del viaje del Libertador hasta llegar al villorio de Tenerife, en donde se hallaba avecindada Anita, quizá porque ese pueblo le recordaba la última entrevista con su amante.

Cuando supo que el Libertador se había detenido en "Punta Gorda" y que un oficial había preguntado por una extranjera, se puso hueca y en sus labios rebozaban el gozo y la alegría.

¡Bolívar viene a cumplir su palabra! Y se abandonaba a los más embriagantes ensueños. "Nadie —decía— lo ha amado tanto y tan tiernamente como yo".

En seguida preparóse a marchar a su encuentro; pero cuando llegó a Cartagena el Libertador se había embarcado para Santa Marta. Muchos días pasó la infeliz aguardando un buque que la condujera a aquella ciudad, y, cansada de esperar, tomó el camino de tierra. En un día fué de Cartagena a Barranquilla; allí cayó postrada en cama, y, apenas en convalecencia, se embarcó para Santa Marta, donde llegó el 18 de Diciembre.

Bolívar había muerto el día anterior a la una de la tarde. El 20 se hicieron los grandes funerales. Jamás los samarios habían sido tan muníficos; nunca Santa Marta dio prueba de más intenso dolor. La ciudad, que nada había hecho por la independencia de la Patria, se extremaba ahora en guardar en su seno las cenizas de aquel que lo había hecho todo.

El cortejo partió de San Pedro Alejandrino . . .

En medio de las enlutadas y llorosas mujeres que por aquel camino sombrero acompañaban el féretro, murmurando oraciones, iba una extranjera



adulta, hermosa todavía a pesar de la mortal palidez de su semblante. Llevaba un cirio en la mano derecha y en la izquierda una corona de inmortales.

Anita regresó a su pueblo y allí vivió hasta 1868.

Huía de la sociedad; pero en sus días de faustos aniversarios, recitaba a sus amigos las proclamas de Bolívar, sus discursos, sus cartas. Llevaba siempre al cuello su retrato, y en el seno algunas prendas queridas. A su muerte ninguno de estos objetos se encontró . . .

La tarde en que condujeron al cementerio, todas las muchachas del pueblo arrojaron un puñado de tierra sobre su tumba, y luego la cubrieron de coronas de azahares y siemprevivas.

El que navega hoy el río Magdalena, después de pasar por las bocas de Tacaloa, donde el Cauca rinde majestuosamente sus aguas, distingue un recodo de promontorios salientes que forman pequeñas ensenadas de aguas dormidas, blanca aldea, coronada de palmeras y dominada por antiguos fuertes en ruinas, rojos en otro tiempo de sangre ibera, y donde los patriotas, más de una vez, se cubrieron de gloria. Allí, a la orilla del río, sentado en una silla del convento, con el sable cruzado sobre las piernas, semejante a Plutón con su vidente en los infiernos, impávido sentenciaba Hermógenes Maza a cuantos prisioneros españoles le iban presentando, con esta fórmula sencilla; ¡A la horca!

En Tenerife, la de heroicos recuerdos, en su cementerio, sobre una losa medio oculta entre las zarzas y carcomida por el tiempo, aún hoy se lee este nombre: Anita Lenoit.



# Las últimas horas del Libertador

---

## Su Testamento y su Proclama

---

Por Mauricio Mackenzie



SI como la institución del mandato, o sea la facultad de que alguien haga lo que uno no puede realizar por hallarse ausente del sitio en que el acto deba consumarse, el testamento constituye uno de los fenómenos jurídicos más importantes. Es él una consecuencia de la libertad humana de disponer de lo propio, pero ya para que tenga fuerza y eficacia después de la muerte. Vale decir, que su vigencia, por esa gran paradoja que es la vida misma, comienza en el momento en que el testador deja de ser sujeto de derechos y de obligaciones.



La creencia general es la de que el hombre consigna su última voluntad cuando ve muy cercana la hora máxima. Aunque hoy en día la cultura cívica, la velocidad de los transportes y la complejidad del intervencionismo del Estado y de la voracidad de gravámenes imponen otro criterio, es lo cierto que el Libertador no hizo testamento anterior al que dictó y firmó en la hacienda de San Pedro Alejandrino el 10 de Diciembre de 1.830.

Fué tal su extraordinaria seguridad en el porvenir; tan poderosa la ola de su optimismo que respaldaba una juventud de raza y de edad, que nunca se detuvo Bolívar, aún en la mañana de las grandes batallas ni en el ostracismo que muchas veces se impuso en el Caribe, a meditar sobre la conveniencia de otorgar testamento. Y es lógico: los jóvenes, los sanos de cuerpo, los atletas victoriosos, los rodeados de Hadas generosas, jamás piensan en que todo ese presente color de rosa pueda arruinarse en un instante, quedando el patrimonio, los derechos civiles, los juicios, en curso, los créditos activos, las prestaciones por cumplir, etc., sometidos a las normas generales del derecho común y que sólo deben actuar ante el silencio de los interesados.

Conocemos todos el regreso del Libertador después de las campañas del Sur; su reintegro a las luchas políticas en la Nueva Granada; las tragedias domésticas de Venezuela, con sus rebeliones caudillistas. Cuando Bolívar después de la noche septembrina, asume la dictadura final, ya está dejando su prematura madurez, y comienza a sentir el desplazamiento que envuelve la senectud. La vejez también prematura de los hombres que por un desempeño genial y extraordinario en la existencia han agotado las potencias y reservas humanas, quemando en llamarada meteórica de pocos años lo que habría sido arsenal suficiente para una centuria.



Por eso cuando Bolívar llega a Cartagena el 24 de Junio de 1.830, aunque lo alcancen las súplicas de su inmediato retorno a Bogotá, con las cuales le reivindicaban a su orgullo la seguridad de que su sola presencia era símbolo del orden público y del respeto a la vida humana, ya se operaba en él la hora del ocaso. Todo lo había realizado para la libertad de estos pueblos, y ésta misma, aunque derivando al caos del libertinaje, era la señal inequívoca de que sí habíamos abandonado la cadena metropolitana para darnos un destino propio y autónomo.

Naturalmente, su organismo ya había recibido el impacto de la intemperie, de las lluvias inmisericordes, de los calores abrasadores, de las vigiliass torturantes. No hubo un día, en sus campañas, de igual forma de alimentación; ni noche en que sólo lo distanciara de la muerte la lona trezada del vivac. Y esa vida tan agresiva y agredida a la vez, conlleva a la enfermedad y al cansancio. Así lo vemos ya en Soledad, en Octubre del mismo año luctuoso, definiendo su viaje al exterior, aburrido de la conducta sedentaria que a sí mismo se impuso al concebir la idea de viajar a Europa. Todo lo iba a dejar, pues quién —como él— no podía alzarse con el territorio latinoamericano que había arrebatado a la Corona de España, ni llevarse a toda la población que le debía, desde la Guaira hasta el Potosí, la calidad de ciudadanos libres, ni acumular doblones de oro que no supo atesorar jamás, tenía que irse, sin nada, acompañado únicamente de esa aureola opalina y traslúcida que encarna la Gloria.

Ella era su fiel compañera, y a ella se asía, se agarraba, en un gesto de idolátrica angustia, como si sólo su ambiente lo produjera el milagro de una prolongación vital. La muerte de Sucre que lo agobia aún más; los pliegos que le hacen ver el ostracismo que le decreta el Congreso de Valencia, y la campaña política y de retaliación y calumnias que sus enemigos



políticos desencadenan contra él, son nuevos dardos envenenados que le hieren en lo más sensible de su personalidad, en lo profundo de su noble espíritu.

Cuando la feliz casualidad para Colombia que proporciona un cambio de vientos en las costas del Atlántico obliga a la nave a recalar en Santa Marta, el Héroe, presionado por el constante mareo y la debilidad, ya casi no puede valerse de sus propias fuerzas. Aquella agilidad para el indómito corcel, para las jornadas entre riscos, para vadear los ríos de la inmensidad llanera, se ha terminado. La misma voluntad, otrora férrea y dominadora, es entonces, una hoja en el viento, una facultad adormecida.

Allí le esperan los brazos y favores de los últimos amigos; el coche que le brinda Don Joaquín de Mier, y con la esposa de éste, el 6 de Diciembre, llega Bolívar a la quinta que un español diligente había adquirido en remate público.

Los once días pasados en aquella mansión de reposo para la familia Mier corresponden a la tremenda lucha que las Parcas sostienen con todas sus víctimas. Fueron en ataque hombro a hombro entre el espíritu de la destrucción y las ansias de existir; el caos, que como un huracán arrollador rodea al Genio que opone el inmenso escudo de su última esperanza y las reservas físicas y morales de una existencia ya minada. Hay en aquel sublime recinto un ambiente de eternidad antes de que ella se produzca; los auxilios espirituales llegaron en las manos humildes de un cura de aldea; y un Notario Público, traído a marchadas forzadas de una jurisdicción samaria, escucha de los labios resacos del Libertador la postrera voluntad del Gran Capitán de América.

No haré de tal documento un comentario aislado porque le es gemela la proclama política de aquel mismo día. Ambos se complementan. Si el testamento habla de disposiciones rutinarias y de los pocos bienes patrimoniales que los albaceas iban a



defender, la ótra se eleva a tanta altura que trasciende a los cielos de todo el Continente.

Pero hay que advertir que ambos documentos, que llevan fecha 10 de Diciembre, forman prácticamente un solo instrumento público y que la alocución se cierra con la certificación notarial de José Catalino Noguera, ante los testigos el Obispo Estévez, Montilla, Carreño, Silva, Pérez de Recuerdo, Paredes, Wilson, Mier, Glen, Ujueta, Réverend, Ibarra, Meléndez y Molina.

Como es sabido, cuando el 30 de Julio de 1.783 bautizaron al recién nacido, hijo de don Juan Vicente Bolívar y María Concepción Palacios, lo llamaron Simón José Antonio de la Santísima Trinidad, en el testamento sólo se llama por el primero y su apellido, pero se le agrega el calificativo de Libertador de Colombia. Nada se habría pecado contra la verdad histórica si a ese título se le hubiera agregado que también había sido el Libertador del Perú y el Creador de Bolivia, y en el bien entendido que para entonces Colombia la formaban Venezuela, Nueva Granada y Ecuador. Se explica esta omisión por la solemnidad del momento, pues no debemos olvidar que ese día, 10 de Diciembre, quizá debido a los cáusticos en la nuca, el Libertador pasó el día más despejado y de control espiritual de su permanencia en San Pedro Alejandrino, pero en todos los días que le precedieron y en los subsiguientes el ilustre enfermo estuvo muy postrado.

La introducción de carácter religioso y las protestas de amor a la fé católica no fueron meras formalidades, porque en testamentos que de la misma época he tenido la oportunidad de consultar en archivos públicos, no es frecuente esa fórmula. Lo que indica, a más de la conducta del Libertador cuando ya se consolidó la batalla de Bocayá, que él era fervoroso, sincero y militante católico. Y es así como en la cláusula primera encomienda su alma a



Dios, pidiendo que ella vuelva al seno divino. En la segunda cláusula habla de su matrimonio con Teresa Toro, anotando de paso que en esa alianza conyugal no hubo descendencia. En cuanto al régimen patrimonial, sólo advierte en la cláusula tercera que su esposa nada aportó y él sí introdujo a la sociedad conyugal todo cuanto había heredado de sus padres. En este respecto vale recordar cómo fué de copiosa esa fortuna, a la cual posteriormente se sumó la herencia o legado del Señor Aristiguieta.

Aquellos bienes muebles e inmuebles, valores, créditos, semovientes, etc., que naturalmente iban dando sus productos, réditos y cosechas, fueron lentamente esfumándose a medida que las circunstancias de la vida del Héroe así lo imponían. Unas veces tuvo que gastar de sus propios haberes para reclutar y avituallar ejércitos; ótras para socorrer a camaradas, huérfanos y viudas en desgracia económica; y siempre, para no gravar el fisco de aquellas incipientes repúblicas, que estaban bajo la presión de presupuestos pobres y obligadas a atender a ejércitos gigantescos.

Por todo ello, la disposición cuarta, en vez de presentar un largo y cuantioso inventario de bienes para dejar como sí se vió posteriormente en otros capitanes de la guerra emancipadora y más tarde en las mortuorias de jefes de Estado de Latinoamérica y políticos de estos países, tal cláusula, repito, sólo afirma que carece de otros bienes distintos a las tierras y minas de Aroa, que estaban en pleito, y a unas alhajas que posteriormente se vió eran de relativo valor.

Tampoco debía mucho, y sólo dejó —según la cláusula quinta— unas deudas en favor de los señores Powel & y Juan de Francisco Martín. Pero como no había firmado el Libertador ninguna libranza ni instrumento de deber a tales acreedores,



ordenó que los albaceas aceptaran las cuentas que al respecto formularan aquéllos.

Las cláusulas sexta y séptima sólo miran a cuestiones de valor afectivo, como que la primera trata de que se devuelva a Bolivia la medalla que el Congreso de dicho país le había obsequiado años antes, y la segunda se refiere a que se entreguen a la Universidad de Caracas los ejemplares de El Contrato Social y El Arte Militar que el General Wilson le había obsequiado. Esta disposición pudiera sorprender a quienes sólo piensan que en el acto solemnísimos de testar un hombre como el Libertador, con sus sienes cruzadas en aquellos momentos por el tropel de ideas que su agitada vida debería desatar en su imaginación, cabrían las grandes enunciaciones y los conceptos enjundiosos. Pero ello se explica si pensamos en la influencia y huellas que estas tres cosas, simples en apariencia, le causaron en su nobilísimo espíritu. La medalla, porque la tierra amada, la hija predilecta fue Bolivia, su creación sociológica máxima; el libro de Rousseau porque indiscutiblemente esa obra, que ensaya un análisis del origen de las sociedades y estipula formas ideales de gobiernos y ciudadanía que más tarde concreta Montesquieu, tuvo en el alma del prócer una resonancia cuantitativa y de gran calidad y trascendencia; la obra de Montecúculi, porque contenía un brevario bélico, una serie de consejos para el uso de las diferentes armas que quién sabe hasta donde siguió y atendió Bolívar en sus campañas.

Entre sus más adictos servidores se hallaba su mayordomo José Palacios, con quien a veces disgusta por el olvido de unos espolines, y otras felicita por la oportunidad de una esquila perfumada que trajo quién sabe cuántos recuerdos gratos. A él ordena en la disposición octava, que se le entreguen ocho mil



pesos "en remuneración de sus constantes servicios".

Una disposición que causó pavor fué la que contiene la cláusula novena, por la cual ordenaba que los papeles que se hallaban en poder del Señor Pavageau fueran quemados. La explicación que al respecto dan algunos historiadores es que tales documentos contenían muchas declaraciones, hechos y antecedentes de políticos, oficiales y personajes en general que aún vivían y que al ser conocidos serían pábulo para hablar en forma desobligante.

No quiso él que ninguna ciudad distinta a la que lo vió nacer, Caracas, conservara sus restos. La disposición décima ordena que ellos sean llevados allá, como en efecto se cumplió en el mes de Noviembre de 1.842. En este respecto Colombia cumplió con gran despliegue de dignidad, afecto y consideración la voluntad de Bolívar. El homenaje que se tributó a sus cenizas; las ceremonias que se realizaron en Santa Marta desde el 15 al 21 de Noviembre, y la contribución de respeto y manifestaciones de dolor que todo el pueblo de aquella región colombiana, así como del Gobierno presidido por el General Herrán, dieron al traslado de los restos de Bolívar a la capital venezolana, fueron grandiosos, y un testimonio más tanto individual como colectivo, del amor que nuestra patria sentía y sigue sintiendo por el Padre.

Luego viene la cláusula once, que ordena la devolución de la bellísima espada que el Mariscal Sucre le había obsequiado, y para que fuera su viuda quien la conservara. El ánimo del Libertador revelaba latente el recuerdo de su campaña del Sur, así como la imagen viva del que villanamente asesinado en Berruecos fué ejecutor afortunado de las batallas de Junín y Ayacucho.

Como se recordará, en la alcoba que presenciaba aquella escena notorial, y que acababa también de



ver al Libertador confesándose y recibiendo el sacramento de la extremaunción, se hallaba el Coronel Belford Wilson, Edecán de su excelencia e hijo del General Robert Wilson. Pues bien, el testador no se olvida de un homenaje para el progenitor de su Edecán, de quien afirma: "que tan fielmente me ha acompañado hasta los últimos momentos de mi vida". Efectivamente, ante el desencanto que Bolívar se llevaba a la tumba, causado por la conducta irregular a veces de sus propios compañeros de armas, por las calumnias que muchos le lanzaban, por el desconocimiento de su autoridad en diferentes sectores que el mismo libertara del oprobio, la fidelidad de Wilson merecía especial mención, en aquellas horas de introspección y despedida.

La cláusula trece designa los albaceas, en las personas de Pedro Briceño Méndez, Juan de Francisco Martín, José Vargas y Laurencio Silva, y las facultades administrativas y de disposición que les otorgaba.

La cláusula catorce instituye como herederos universales a sus hermanas María Antonia y Juana Bolívar, y a los hijos de su hermano Juan Vicente, a saber: Juan, Felicia y Fernando Bolívar.

Esta escritura ostenta la firma de su otorgante en una forma clara, limpia y definida; con perfiles perfectos; con la rúbrica que Bolívar acostumbraba siempre, en caracteres firmes, y sin que se observara siquiera una ligera vacilación, ni el pulso alterado.

En cuanto a la proclama, que otros llaman el testamento político suyo, es una página de extraordinaria literatura. Representa pinceladas de nuestra historia, que fué su vida. Es un apretado esfuerzo de síntesis de la sociología americana, pues recordándonos nuestro estado de cautividad espiritual y política en que yacían estos pueblos cuando él vino al mundo, en su casona del barrio de San Jacinto,



habla también de sus esfuerzos para plantear la libertad. Pasa luego a precisar sus sacrificios de todo género y su desprendimiento, virtud que muy pocos gobernantes que le fueron contemporáneos pudieron exhibir. Se queja con profunda amargura de la sevicia de sus enemigos, quienes llegaron a herir lo que él quería más su reputación y su amor a la libertad. Confiesa que toda esa labor de sus perseguidores, que efectivamente lo empujaban al abandono de su patria, era la causa inmediata de su muerte. Pero en medio de toda esa rememoración de hechos sucios, de escarnio y de retalación, el egregio hijo de Caracas, se alza como un semidiós, con su grandeza de sublimación, para estampar su frase fecunda e impresionante "Yo los perdono".

Así estaba cumpliendo con los mandatos de Cristo, con las leyes de la nobleza de su estirpe. El perdón cerraba la etapa de una vida de lucha y de desesperación patriótica. Quiso volver a lo ignoto despojado de rencores, estilizado en su conciencia, digno de la gloria que siempre anheló como premio de su sacrificio.

Y la unión de todos esos ciudadanos a quienes se dirigía, la consolidación de Colombia y la felicidad de la Patria, son los votos que él formula en su perdurable mensaje, antes de exhalar su último suspiro.

Aquellos deseos siguen vigentes para Colombia, y ojalá que siempre se hallen presentes a las generaciones que inician su marcha en la carrera del tiempo. Desde cualquier ángulo que se analice esa proclama es una admonición contra los malos hijos y los ciudadanos tibios que sólo miran en la tierra que los recibe la fuente de una riqueza material y transitoria, egoísta y privada, olvidándose de los grandes postulados, de lo que significa la Patria.



Esa Patria que el Genio concibió y logró plasmar en la aurora del pasado siglo, alarga su parábola a través de las agitaciones propias del mundo en que nos debatimos, y los pueblos continúan viendo en la obra de Bolívar, que sintetiza milagrosamente su última proclama, la huella de un paladín que creó repúblicas y vaticinó sus destinos.

Contribución al conocimiento de la  
Historia en las pueblas del norte del  
territorio de la República del Ecuador

Autores E. Pérez T.

(Continúa)

C-EL APORTE DE LA HISTORIA DOCUMENTAL

1.- Las Indias Páez

En el número 24 de este Boletín, página 51, transcribimos las opiniones de los señores Collier y Murta relacionadas con la Historia del Ecuador, particularmente la de las pueblas norteaños, vecinos a los de la hermana República.

